

DE LA SIMPLICIDAD DE LA VERDAD. Aspectos de la teoría de la verdad de C.J.F. Williams

María Albisu. Universidad del País Vasco (San Sebastián)

Resumen: El artículo analiza el trabajo de C.J.F. Williams de 1976 *What is Truth?*, a que se ampara el planteamiento del problema de la verdad que había sido entronizado por Austin, y que sancionaba la sustitución de la pregunta clásica por la esencia de la verdad, en un sentido sustantivo del término, por la del uso o usos del predicado «verdadero». Se discuten en profundidad las dos de las tareas a las que Williams se enfrenta en el trabajo citado: justificar la necesidad de apelar a fórmulas cuantificadas de este tipo en orden a proporcionar una teoría satisfactoria de la verdad y defender la adecuación formal de esas construcciones.

Abstract: This paper examines C.J.F. William's *What is Truth* (1976), which supported the focus on truth sponsored by Austin declaring the substitution of the classical quest for the essence of «truth» in a substantive sense, for that of the use or uses of the word «true», in a predicative sense. It deals thoroughly with those tasks Williams imposed onto himself the task of justifying the need to appeal to quantifiable formulae of that kind so as to provide a satisfactory theory of truth, and that of defending the formal adequacy of those constructions.

«Vino, primero, pura
vestida de inocencia.
Y la amé como un niño.

Luego se fue vistiendo
de no sé qué ropajes.
Y la fui odiando, sin
saberlo».

(Juan Ramón Jiménez).

Quizá después de todo el destino de la filosofía no sea tan distinto del de la poesía. Quizá, después de todo, no sea extraño que si la filosofía:

«Llegó a ser una reina,
fastuosa de tesoros...»,

se vea ahora urgida a quedarse:

«... con la túnica
de su inocencia antigua».

Que tras siglos de existencia filosófica que hicieron de la verdad una vieja dama cargada a menudo de falsos oropeles, se reclame ahora para ella su inocencia antigua, es algo que no puede extrañar. Pero si la filosofía no es sólo un conglomerado de teorías, doctrinas o sistemas, sino también la historia de un conjunto de problemas que han ido emergiendo ante la mirada con frecuencia asombrada de los hombres, bien pudiera ser que el «adelgazamiento» de ciertas ideas, su despojamiento —tal vez incontrolado— de pasados atributos supusiera una pérdida de poder «inquisitivo»; y éste es un riesgo que, en nuestra opinión, ningún filósofo debería estar dispuesto fácilmente a arrastrar.

De la historia de una «desustancialización» de este tipo y de los riesgos que acarrea es buen exponente, según creemos, el desarrollo de ciertas concepciones contemporáneas de la verdad¹.

Amparado en el planteamiento del problema de la verdad que había sido entronizado por Austin², y que sancionaba la sustitución de la pregunta clásica por la esencia de la verdad, en un sentido sustantivo del término, por la del uso o usos del predicado «verdadero», C.J.F. Williams no dudará en afirmar en su trabajo de 1976 *What is Truth?*³ que el tratamiento filosófico del problema de la verdad debe centrarse en el análisis de las oraciones del tipo: «Lo que A dijo es verdad(ero)» y en los correlatos simbólicos⁴ de las mismas; en estructuras como la siguiente: «Para algún p, A dice que p y p»⁵.

Justificar la necesidad de apelar a fórmulas cuantificadas de este tipo en orden a proporcionar una teoría satisfactoria de la verdad y defender la adecuación formal de esas construcciones, son dos de las tareas a las que Williams se enfrenta en el trabajo citado.

En el Prefacio del libro antes mencionado, *What is Truth?*, Williams declara que la proliferación del simbolismo lógico a lo largo de su texto no tiene apenas otra misión que la de ayudar a ver lo que ya está —si bien de una forma velada— en las frases de un lenguaje natural que resultan relevantes desde el punto de vista de un análisis lingüístico de la verdad⁶.

Al amparo de los resultados —a veces espectaculares— obtenidos por el tipo de análisis lingüístico que Russell inaugurara con el tratamiento de las descripciones definidas, la búsqueda de la estructura profunda de las oraciones no deja de ser, sin embargo, un arma de doble filo en cuyo manejo los logros conseguidos pueden llegar

¹ Las que nos gustaría agrupar bajo el rótulo de «teorías minimalistas de la verdad» y que comprenden las teorías de autores como F.Ramsey; C.J.F. Williams; D. Grover; P. Horwich etc...

² Cfr. Austin, J. (1950): «Truth», *Proceedings of the Aristotelian Society*, suppl. vol. 24. (Reimp. en Austin, J. (1970): *Philosophical Papers*, Oxford, Oxford University Press. Se cita por la vers. cast. de García Suarez, A. (1975): *Ensayos filosóficos*, Madrid, Revista de Occidente, 119-132; p. 119).

³ Williams, C.J.F. (1976): *What is Truth?*, Cambridge, Cambridge University Press.

⁴ *Ibid.*, p. xiv.

⁵ *Ibid.*, p. 2; y posteriormente en Williams, C.J.F.: (1992b): «La teoría pro-oracional de la verdad», conferencia impresa en Nicolás, J.A. y Frápoli, M^aJ. (eds.), (1997): *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Madrid, Tecnos, 310-320; pp. 310-311.

⁶ *Ibid.*, p. xv.

en ocasiones a quedar prácticamente sepultados por las pérdidas y confusiones que acarrea.

En el haber de este procedimiento tal vez pudiera ponerse, Williams así lo cree, la obtención de una estructura lógica común a ciertas oraciones que en su sintaxis superficial parecen, sin embargo, diferentes. Contra lo que se supone normalmente, adscripciones «ciegas»⁷ de la verdad («Lo que A dijo es verdad») y explícitas, como en el de esta otra («El enunciado de A de que Dios existe es verdadero») resultarán compartir, en última instancia, una misma estructura o forma lógica.

En esencia, el análisis de Williams va a proceder al hilo del descubrimiento de ciertas, sin duda sorprendentes, analogías entre determinadas oraciones que cuentan con pronombres relativos y/o personales entre sus elementos y aquellas otras en las que aparecen las expresiones de verdad.

Tomemos la oración: «A se casó con un hombre con *el que* [con quien] B [también] se casó»⁸. Esta frase es equivalente [«is replaceable»] a esta otra: «A se casó con un (cierto) hombre y B se casó [también] con *él*»⁹; una expresión en la que, a diferencia de lo que ocurre con los usos anafóricos de los pronombres, el pronombre personal no puede ser sustituido por su antecedente: «un (cierto) hombre» («some man»); pese a que tanto el un como el otro denotan o se refieren al mismo individuo.

Una frase de este tipo vendría a enmascarar, al decir de Williams, una «estructura profunda» de tipo cuantificacional, en la que el papel del pronombre quedaría puesto de relieve de forma eficaz mediante el uso de cuantificadores y variables, como en: «Para algún x, x es un hombre y A se casó con x y B se casó con x»¹⁰.

Algo similar acontece, según Williams, con la expresión: «Lo que A dijo es verdad» si admitimos que, desde una perspectiva intuitiva, una cómoda (y, en apariencia, apenas cuestionable) paráfrasis de la expresión anterior sería: «Las cosas son como A dice que son»¹¹ y de ésta, aunque Williams no lo dice de forma explícita, la siguiente: «A dice que las cosas son de un (cierto) modo y las cosas son así».

(Más allá de las consideraciones formales, Williams extrae una primera conclusión de esta última observación y es que bajo la formulación propuesta, los ejemplos que se manejan no parece que adscriban la propiedad de la verdad. En efecto, no resulta plausible afirmar que la frase «Las cosas son como A dice que son» esté diciendo algo «about things». «Rather it says of Andrew that things are as he says they are»¹²).

El pro-nombre personal de: «A se casó con (un) cierto hombre y B se casó con él» ha dado paso aquí, en: «A dice que las cosas son de (un) cierto modo y las cosas

⁷ La denominación proviene de Kirkham, R. (1992): *Theories of Truth: a Critical Introduction*, Cambridge, Mass., the MIT Press.

⁸ Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; p. 19. En el original: «Edith married a man *whom* Alice married».

⁹ *Ibid.* En el original: «Edith married *some man* and Alice married *him*».

¹⁰ *Ibid.*; p. 27. En el original: «For *some x*, x is a man and Edith married x and Alice married x».

¹¹ *Ibid.* En el original «Things are as A says they are»; «Las cosas son como el enunciado de A enuncia que son»-«Things are as A's statement says they are». Véase también Williams, C.J.F. (1992.): *Being, Identity, and Truth*, Oxford, Clarendon Press; pp. 8 y 9.

¹² Williams, C.J.F.: *Being, Identity, and Truth*; p. 9.

son así» a una pro-forma adverbial; si se quiere, a un pro-adverbio: «así». No obstante, existe entre uno y otro caso una fuerte semejanza estructural que invita a leer —tal parece ser la tesis de Williams— también en esta última frase una estructura cuantificacional que en su forma más simple quedaría reflejada mediante la fórmula: «Para algún p, A dice que p y p»¹³.

Como en el caso de la fórmula cuantificacional correspondiente a «A se casó con...» también el mérito fundamental de ésta última radica en hacer patente o «poner ante los ojos» lo que en cierto sentido está oculto en la versión correspondiente en el lenguaje natural (al no permitir la gramática de la lengua que el pronombre o el pro-adverbio sean reemplazados por su antecedente); a saber, que (semánticamente hablando) estas posiciones están llamadas a ser ocupadas por el mismo elemento que ocuparía o reemplazaría a «(un) cierto hombre» (A se casó con Juan y B se casó [también] con Juan) y a «de (un) cierto modo» («A dijo que la nieve es blanca y la nieve es blanca»).

Significativamente, un procedimiento semejante permitirá también reconstruir la «estructura lógica» de otras formas de adscripción de la verdad. Para ello, bastará tener presente que una frase como: «El enunciado de A de que Dios existe es verdad(ero)» equivalente a esta otra: «Como el enunciado de A enuncia [indica], Dios existe» guarda un relevante, aunque a primera vista distante, paralelismo estructural con ciertas oraciones del tipo: «A se casó con B, *que* [el cual] era un desalmado»¹⁴ equivalente a su vez a: «A se casó con B y *él* era un desalmado»¹⁵ en las que el pronombre personal funciona como un «pronoun of laziness»¹⁶, intercambiable en todo momento por su antecedente: «A se casó con B y B era un desalmado».

(De hecho, observa Williams, ésta sería la misión principal del pronombre «él» [«he»] en una frase como la anterior: expresar identidad¹⁷; o, para decirlo de un modo que luego se mostrará relevante, señalar la presencia de un elemento repetido¹⁸).

En efecto, la frase: «Como el enunciado de A enuncia [indica], Dios existe» equivalente, sin duda, a: «Dios existe, como el enunciado de A enuncia [indica]»¹⁹ podría ser sustituida por esta otra: «Dios existe, y el enunciado de A enuncia esto»; es decir, podría ser sustituida por una oración en la que el «esto» [«that»] funcionaría de modo análogo al «él» de la expresión: «A se casó con B y él era un desalmado»; a saber, como una «proform of laziness» que puede ser sustituida por su antecedente; en este caso, por una oración completa: «Dios existe y el enunciado de A enuncia que Dios existe» o, en su formulación equivalente: «El enunciado de A enuncia que Dios existe y Dios existe».

¹³ Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; p. 28.

¹⁴ *Ibid.*; p. 20. En el original: «Edith married Harry, *who* was a butcher».

¹⁵ *Ibid.* En el original: «Edith married Harry, *and he* was a butcher».

¹⁶ *Ibid.*

¹⁷ Williams, C.J.F.: *Being, Identity, and Truth*; pp. 86 y ss.

¹⁸ *Ibid.*; p. 87.

¹⁹ Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; pp. 21 y sigts. En el original: «X is eligible, as A's statement has it».

Hasta aquí, nada permite presagiar que sea necesario o siquiera recomendable recurrir a la sofisticada cuantificación proposicional en el análisis de las expresiones de verdad. Ahora bien, si como Strawson sostiene, y Williams admite, en el último ejemplo se «dice» algo acerca del enunciado de A (además del hecho obvio de que enuncia que Dios existe); se dice, en efecto, que el enunciado de A enuncia algo que es el caso; que las cosas son como él enuncia que son; o, simplemente, que es verdadero²⁰ entonces la estructura de esa frase debe involucrar algo más que [el ser] la mera conjunción que aparentemente es.

Desde un punto de vista estructural, por ejemplo, la diferencia fundamental entre estas dos oraciones: «Juan es alto y María está casada»-«Juan se casó con María y María es hija de Ana» radica en que en esta última, pero no en la primera, existe un elemento que se repite en los dos miembros de la conjunción²¹. Ahora bien, de este hecho precisamente depende el que en esa última frase (pero no en la primera) se nos diga algo acerca del sujeto de uno de los miembros de la conjunción (aparte de la información de que está casado) que no viene expresado de forma explícita: que Juan es yerno Ana (o que Ana es suegra de Juan). El que esa frase —como un todo— «implique» algo acerca del sujeto del primer elemento de la conjunción («imply about the subject of one of the conjuncts») se deja expresar formalmente mediante una fórmula cuantificacional en la que el elemento repetido queda sustituido en cada una de sus ocurrencias por una variable ligada: «Para algún x, —se casó con x y x es hija de Ana»²².

Otro tanto parece ocurrir con la oración: «El enunciado de A enuncia que Dios existe y Dios existe». También aquí la presencia de un elemento repetido²³: «Dios existe», nos permite afirmar que en esa frase algo «se dice» (de forma implícita) acerca del enunciado de A: que es verdad. Y también aquí la fórmula cuantificacional: «Para algún p, el enunciado de A enuncia que p y p»²⁴ (equivalente a: «Para algún p, A dijo que p y p») parece dar expresión formal a lo que allí se «implica» («imply about the subject of one of the conjuncts») acerca del enunciado de A²⁵.

Pensado en principio como un intento de revisión crítica de la adopción por parte de Strawson de la llamada «tesis indisputada»²⁶, el análisis de Williams se nos ofrece también, según hemos podido ver, como apoyatura indirecta de su convicción de que un acercamiento filosófico a la cuestión de la verdad ha de pasar por el análisis

²⁰ *Ibid.*; p. 24.

²¹ *Ibid.*

²² *Ibid.* En el original: «For some x, both —married x and x is —'s daughter»

²³ *Ibid.*

²⁴ *Ibid.*, p. 25.

²⁵ Williams ofrece una versión sucinta de este proceso en: «La teoría pro-oracional de la verdad»; pp. 312-313.

²⁶ *Ibid.*, la tesis de que «someone who says that a certain statement is true thereby makes a statement about a statement. What it says about the statement might be supposed to be that it is true. If so, the undisputed thesis is tantamount to the doctrine that Strawson undoubtedly had disputed in his earlier papers, namely that in saying of a certain statement that it is true one predicates something of it —i.e. that truth is a predicate».

de las expresiones del tipo «Lo que A dijo es verdad» y sus correlatos o equivalentes simbólicos.

Este mismo análisis representa también el punto de enlace con algunos de los elementos que Williams desarrollará en versiones posteriores de su concepción de la verdad; pues las analogías observadas entre oraciones de uno y otro tipo se resquebrajan en un punto importante. En efecto, mientras frases como: «Juan se casó con María y María es hija de Ana» o «A dijo que era lunes y B negó que era [fuera] lunes»²⁷ pueden ser sustituidas por frases equivalentes en las que el elemento repetido queda reemplazado por un pronombre adecuado: «Juan se casó con María y *ella* es hija de Ana»; «A dijo que era lunes y B *lo* negó»; la oración «A dijo que Dios existe y Dios existe» no admite ninguna sustitución parecida; la expresión: «A dijo que Dios existe y *ello* [eso,.....]»*es, sin duda alguna, agramatical²⁸; como lo es la que cabría considerar equivalente (si ello fuera gramaticalmente posible) de: «Para algún p, A dijo que p y p», a saber: «A dijo algo y *ello* [eso,...]»*.

Según observa Williams, la agramaticalidad de esta última frase no puede residir en la carencia en los lenguajes naturales, cotidianos, de una forma lingüística que reemplace a una oración, pues el «lo» de «A dijo que era lunes y B *lo* negó» [Helen said that it was Monday and Alice denied *it*] cumple precisamente esa función; ahora bien, hay que reconocer que la partícula «lo» sustituye a una oración en aquellos contextos en los que la frase sustituida funciona [gramatical, sintácticamente] como «a noun» [en sustitución de una «noun clause»]; no cuando funciona como oración [proposición] independiente o autónoma según es preceptivo cuando precede o va detrás de la partícula «y»²⁹.

Es la falta de un análogo en el ámbito oracional de lo que un pro-nombre representa en el dominio sintáctico de los nombres la que impide que la oración «A dijo que Dios existe y Dios existe» pueda parafrasearse como «A dijo que Dios existe y ----»; una expresión en la que el espacio señalado por los guiones estaría ocupada por una (ausente en los lenguajes naturales) forma pro-oracional, digamos, *esso*, que no sólo permitiría completar una frase como la anterior: «A dijo que Dios existe y *esso*» de forma sintética y sin necesidad de repetir una oración, sino también dar expresión a lo que genérica, y, en cierto sentido, equívocamente, se dice cuando se dice que: «Lo que A dijo es verdad» o, en su versión equivalente, «Las cosas son como A dijo que son» así: «A dijo algo y *esso*».

De hecho, en *Being, Identity, and Truth* Williams hace una propuesta en esta dirección sugiriendo (de acuerdo a ciertas observaciones de A. Prior) la «creación» o «introducción» de pro-oraciones que pudieran cumplir ese cometido. Así: «Eric said that *somewhether* and *thether*» vendría a ser equivalente a: «What Eric said was true» y, por lo tanto, equivalente también a: «Things were as Eric said they were»³⁰.

²⁷ Williams, C.J.F.: «La teoría pro-oracional de la verdad»; p. 315 y *Being, Identity, and Truth*; p. 85.

²⁸ *Ibid.*

²⁹ Williams, C.J.F.: *Being, Identity, and Truth*; p. 89.

³⁰ *Ibid.*; pp. 92-93.

La equivocidad de las frases usuales («Lo que A dijo es verdad», etc.) proviene de que inducen tanto la idea de que «cosas» está por cosas [«that “things” stands for things»], como la de que «verdad» está por una propiedad³¹; pero se trata de una equivocidad que sería fácilmente superable si un lenguaje natural contuviera formas lingüísticas específicas —pro-oraciones— capaces de cumplir en el ámbito oracional lo que los pronombres cumplen en el ámbito nominal: estar por un elemento que de otro modo habría de repetirse.

Con observaciones como las precedentes, Williams está dejando al descubierto una parte sustancial de la intencionalidad que anima sus trabajos en torno a la verdad: desenmascarar como ilusorias y engañosas algunas de las principales ideas heredadas en torno a este concepto.

Intimamente conectada con la idea de que «es verdad» es un predicado que adscribe una propiedad determinada y concreta a «algo» se halla la cuestión de qué es ese «algo» de lo que se dice o predica tan peculiar propiedad.

En una expresión como «x es verdad(ero)», ¿qué podemos poner legítimamente en lugar de «x»?; dicho de otro manera ¿qué sustitutos de «x» en «x es verdad(ero)» podemos considerar como legítimos?³²

La posición de Williams es, a este respecto, clara: el «problema de los portadores de verdad» (¿qué es lo que es verdadero: las proposiciones, los enunciados, las oraciones?) ha de tratarse fijando la atención no en «términos generales o categoriales como “oración”, “proposición” o “hecho”»³³, sino en el tipo de expresión que usualmente ocupa el lugar de «x» en «x es verdad(ero)» en el discurso cotidiano, extra-filosófico³⁴. Un discurso —al decir de Williams— en el que la mayoría de las oraciones que terminan con las palabras «es verdad(ero)» comienzan con la expresión «lo que»³⁵.

Tal posición no deja de suponer, a primera vista cuando menos, una reducción arbitraria de lo que «en el discurso ordinario» (suponiendo que esta expresión tenga un sentido inequívoco) se considera o puede considerarse verdadero. Pues es «en el discurso ordinario» en el que se habla de que la *doctrina* de la Iglesia Católica acerca de la infalibilidad del Papa en materia de dogma o de moral es verdadera (o falsa); en el que se habla también (aunque a menudo sin conocer el alcance exacto de lo que se dice) de que la *teoría* de la relatividad de Einstein es verdadera; de que la *noticia* aparecida en el periódico el día tal acerca de tal es (o no es) verdad, etc...

Es posible, sin embargo, que esa reducción tenga menos alcance de lo que a primera vista pudiera parecer³⁶. Lo crucial, desde el punto de vista de Williams, radica, más bien, en el hecho de que aquello que en el discurso ordinario aparece

³¹ *Ibid.*; p. 92.

³² Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; p. 31.

³³ *Ibid.*; p. 32.

³⁴ *Ibid.*

³⁵ *Ibid.*; y posteriormente en Williams, C.J.F.: *Being, Identity, and Truth*; pp. 96 y ss.; así como en «La teoría pro-oracional de la verdad»; pp. 310-311.

³⁶ Para un análisis de algunas dificultades y problemas que presenta una opción semejante véase Grover, D., Camp, J. and Belnap, N. (1975): «A Prosentential Theory of Truth», *Philosophical Studies*, 27, 73-125; pp. 75 y ss.

como sujeto de una predicación de verdad es lo que, en el espíritu de la teoría de las descripciones de Russell, consideraríamos como una descripción definida³⁷; un símbolo incompleto; algo, en todo caso, acerca de lo cual no tendría sentido preguntar a qué se refiere o qué denota y que un análisis lógico apropiado hará desaparecer³⁸.

De acuerdo, en efecto, con la teoría de las descripciones de Russell, una oración como: «Lo que el cartero trajo está en la repisa de la chimenea» se podría analizar en los siguientes términos: «Para algún x , el cartero trajo x , y para todo y , el cartero trajo y si, y sólo si, x es lo mismo que y , y x está en la repisa de la chimenea»³⁹.

Desde este punto de vista entonces, una expresión como: «Lo que A trajo» sería, de acuerdo con la teoría de las descripciones de Russell, un símbolo incompleto; no un nombre. No se trataría, por lo tanto, de una expresión que nombre, denote o esté en lugar de algo⁴⁰, sino de una *item* lingüístico que puede mucho más apropiadamente compararse o equipararse a una expresión cuantificacional.

De forma análoga, también la expresión: «Lo que A dijo» tendría, desde el punto de vista de Williams, la estructura de una descripción definida —un símbolo incompleto del que no tiene sentido preguntarse que nombra o denota— cuya «forma lógica» quedaría desplegada mediante una compleja expresión cuantificacional: «Para algún p , A dijo que p y para todo q , A dijo que q si, y sólo si, p es la misma proposición que q , y p »⁴¹.

En estricta analogía con el análisis russelliano propuesto para una oración como «lo que A trajo...», también la frase: «Lo que A dijo es interesante» podría ser sometida

³⁷ Williams, C.J.F.: *What is Truth?*, p. 33.

³⁸ *Ibid.* La forma en que Williams podría acomodar a su propuesta expresiones como las antes mencionadas «la noticia...»; «la teoría...»; etc., oscila entre tomar esas expresiones «la teoría de Einstein», «la doctrina del Papa en materia de dogma y de moral» como representantes genuinas de las descripciones definidas a las que se aplicaría directamente el análisis de Russell —en cuyo caso, Williams se vería comprometido a dar sentido a giros lingüísticos del tipo « q es la misma teoría que p »; « q es la misma doctrina que p »— o tomar estas expresiones del lenguaje cotidiano como meras formas de enmascarar aquello a lo que realmente se apunta, a expresiones como: «lo que Einstein dijo en relación a la relatividad», «lo que el Papa dice (o sostiene o...) en materia de dogma o de moral», «lo que el periódico dice acerca de...», etc., etc. Pero en este caso, Williams se enfrentaría al problema de dar una caracterización formal al hecho de que una doctrina, teoría o noticia está usualmente compuesta de un número indeterminado de frases, oraciones o proposiciones y que si, de un lado, parece excesivo pedir que todas y cada una (en número indeterminado, por otra parte, según se ha observado antes) de las proposiciones que configuran una de estas entidades complejas sean verdaderas, de otro, parece excesivamente laxo pedir que sólo una de tales proposiciones (¿y cuál sería ésta?; ¿quién podría decidir qué proposición es precisamente la nuclear del conjunto que constituyen una teoría, doctrina o noticia...).

³⁹ *Ibid.* En el original la formulación es algo diferente: «For some x , for every y , both x is the same thing as y if, and only if, the postam brought y and x is on the mantelpiece».

⁴⁰ *Ibid.*, p. 35.

⁴¹ *Ibid.*, p. 39. En el original: «For some p , for every q , both the proposition that p is the same proposition as the proposition that q if, and only if, Percy says that q and». Obsérvese que en esta formulación falta la « p » final; sin embargo, es crucial para el argumento de Williams considerar que la formalización correspondiente a «What Percy says» contiene también esa « p » final. A una formalización que sí la contiene llega el autor al partir de frases completas del tipo «What Percy says is believed by Pauline» y despojarlas de la expresión «is believed by Pauline».

da al tratamiento russelliano ; tratamiento que arrojaría como resultado una expresión de la forma: «Para algún p, A dijo que p y para todo q, A dijo que q si, y sólo si, p es la misma proposición que q, y p [[“p”]? [que p]?] es interesante».

Y nada impediría que pudiera hacerse lo mismo con la oración: «Lo que A dijo es verdad» (de acuerdo a la paráfrasis obtenida en los análisis anteriores; a saber: «Para algún p, A dice que p y p») resultando la expresión: «Para algún p, A dijo que p y para todo q, A dijo que q si, y sólo si, p es la misma proposición que q, y p»⁴², cuyo logro mayor radicaría en reflejar en el formalismo el carácter unitario —la unicidad— de lo que A dijo, implícito, según nuestro autor, en una expresión como «lo que A dijo es verdad»⁴³.

(Podría mostrarse, sin embargo, cuán engañosa es esa «unicidad» de lo dicho por dicho por A en la que Williams basa en gran manera su propuesta. Así, por ejemplo, la búsqueda de una frase, de una frase determinada y concreta, emitida por Galileo a la que pudiéramos considerar traducción literal y fiel de «la tierra se mueve» y de la que nos pudiéramos servir como apoyatura «objetiva» o «semántica» para esa traducción puede resultar tan estéril como innecesario. La propuesta de Davidson en su «On Saying That» es a este respecto singularmente clara. En el trabajo mencionado, Davidson escribe:

«Galileo emite sus palabras “Eppur si muove”; yo emito mis palabras “la tierra se mueve”. Aun no encontramos problemas para reconocer que somos igual-dicentes; una emisión mía coincide con una emisión suya en cuanto dan a entender lo mismo».

Pero basta sin embargo un ligero conocimiento del italiano para comprender que no hay tal relación privilegiada —de dar a entender lo mismo— entre esa única emisión de Galileo «Eppur si muove» y la oración del castellano «la tierra se mueve». Si esa fuera la única emisión de Galileo, nada, absolutamente nada, nos permitiría deducir que el sujeto implícito (elíptico) de esa oración es justamente la Tierra. Es, más bien, la obra entera de Galileo la que nos permite descubrir que la referencia oculta de esa oración es nuestro planeta (la Tierra) y sólo las trágicas circunstancias en que fue emitida desvelan el por qué de la expresión «Eppur si muove». Cuando decimos, con verdad, que Galileo dijo que la Tierra se mueve (¿y por qué no que nuestro planeta se mueve?) no es una oración suya particular y concreta la que nos hace igual-dicentes, sino el contenido entero de una obra y de una vida que dramáticamente hicieron prescindible mencionar de forma explícita el sujeto de aquella oración: ¿de qué otra cosa iba a hablar Galileo al sentirse morir? Y es de nuevo el contenido entero de una obra y de una vida el que nos exime de ir a la búsqueda de una emisión particular y concreta que encaje y haga verdadero a nuestro decir que

⁴² *Ibid*; p. 38 En el original: «For some p, for every q, both the proposition that p is the same proposition as the proposition that q if, and only if, Percy says that q and p».

⁴³ Cuestión en la que insiste Williams en *Being, Identity and Truth*; p. 95. Pero véase lo dicho en la nota 39.

Galileo dijo que la Tierra se mueve. Vano será rastrear, por ejemplo, en el *Apocalipsis* de San Juan el (auténtico) nombre de la Bestia; de la gran Babilonia; de lo que se oculta tras la figura de la mujer que lleva en su frente escrito un nombre: Misterio; vano, entonces, buscar la frase determinada y concreta que haga verdadera lo que pocos exégetas dudarán sin embargo en afirmar: que el *Apocalipsis* (pre)dice la destrucción de Roma; su castigo y su caída.

La expresión «lo que A dijo» es, desde el punto de vista de Williams, un representante general o genérico de todo aquello de lo que propia o genuinamente cabe decir que es verdadero: «lo que A cree»⁴⁴, «lo que A juzga», «lo que A supone», «lo que A asevera», etc., etc... Todas estas expresiones «will give us a suitable way of describing a truth-bearer, and there is no good reason for preferring one of them to the rest. The debate over whether it is belief or thoughts or statements which are true is a debate which is wholly vacuous»⁴⁵

Con todo, no resulta fácil discernir si las virtudes o ventajas señaladas por Williams no son en realidad más ilusorias que reales.

La propia formulación que el autor propone: «Para algún p, A dijo que p y para todo q, A dijo que q si, y sólo si, p es la misma proposición que q, y p» con su apelación a uno de esos términos «generales» o «categoriales» antes denostados, muestra ya cuán engañosa es esa inocencia ontológica (?) en la que Williams pretende hallarse instalado. Y se trata, sin duda, de una inocencia de difícil preservación en el marco de una teoría que utiliza como parte sustancial de su propuesta el recurso⁴⁶ a un dominio lingüístico que no puede asumirse sin discusión como una mera prolongación aporreada del discurso cotidiano; a un dominio lingüístico que parece más bien imponer sus propias leyes⁴⁷ y cuyas relaciones con ese (o esos) lenguaje(s) cotidiano(s) al (a los) que «traduce» son, sin duda, controvertidas.

Así, por ejemplo, en su trabajo de 1976 *What is Truth?* Williams no dudará en vincularse a una interpretación sustitucional estándar de la cuantificación «Our use of the expression “For some x” as a reading of the Russellian “ $\exists x$ ” or the Polish “ $\sum x$ ” already places us amongst the camp-followers of the “substitutional” forces»⁴⁸, (no tanto para evitar la admisión de proposiciones como entidades genuinas, sino por ciertas dificultades intrínsecas a la interpretación objetual de la cuantificación en general y no sólo de la cuantificación proposicional⁴⁹; en especial, de las derivadas del

⁴⁴ «Adscribimos la verdad o la falsedad a las creencias y los juicios en la medida en que decimos que lo que alguien cree es verdadero o que lo que alguien juzga es falso» (Williams, en *Being, Identity and Truth*; p. 97).

⁴⁵ *Ibid.*; p. 99.

⁴⁶ Obsérvese la frecuencia con que se describe el proceso subyacente a la mayoría de las teorías «minimalistas» como un proceso de traducción de (ciertas) frases de un lenguaje natural a un lenguaje formal (*cf.* Forbes, (1986): «Truth, Correspondence and Redundancy», en McDonald, G. and Wright, G. (eds.), (1986): *Fact, Science and Morality*; pp. 29 y ss.) o cuasi-formal (*cf.* Grover, D.: «Propositional Quantifiers»; *Journal of Philosophical Logic*, 1; pp. 111 y ss.; así como Grover, D. et al.: «A Prosentential Theory of Truth»; pp. 77).

⁴⁷ *Cf.* Grover, D.: «Propositional Quantifiers».

⁴⁸ Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; p. 11.

⁴⁹ *Ibid.*; pp. 11 y ss.

hecho de que bajo esta interpretación la existencia se entendería —pese a las críticas presentadas por Frege— como un predicado de primer orden); a despecho de que en su caracterización usual, la que, por otra parte, el propio Williams proporciona, se halla contenido ya lo que la haría inservible desde el punto de vista de una teoría «eliminativista» de la verdad. Pues, en efecto, si como sostiene Williams: Los «sustitucionalistas» proporcionan una interpretación de las proposiciones del tipo: «Para algún x , x es viejo y x está cansado» que no requieren ningún «special reading» del cuantificador. Simplemente nos dicen que «una expresión como la anterior es verdad si, al omitir «para algún x » y sustituir x , en sus restantes ocurrencias, por algún nombre propio (el mismo en cada ocurrencia de x), se puede obtener una oración verdadera. Así pues, para que una proposición existencial sea verdadera es suficiente «that we have available a true proposition corresponding to the matrix of the existentially quantified one with appropriate constants substituted for the variables»⁵⁰, ¿no se estaría incurriendo aquí —en el marco de una teoría que pretende mostrar el carácter, en cierto sentido, redundante o superfluo del predicado «es verda»— en un círculo vicioso (o en una clara incongruencia) al apelar a la verdad de la proposición resultante («if a true sentence can be obtained») para dar cuenta de la cuantificación en la que esa teoría se asienta?

Las dificultades que para una teoría «eliminativista» de la verdad plantea la interpretación sustitucional estándar de la cuantificación han sido sobradamente comentadas y debatidas⁵¹.

Más difícil resulta dar sentido a la indiferencia con que Williams enfrente la, en apariencia cuando menos, flagrante «incongruencia» en la que incurriría al suscribir a la par una interpretación sustitucional estándar de la cuantificación y una concepción de la verdad de líneas ramseyanas.

Aunque, si bien se observa, se trata de una inconsistencia no muy distinta de la que parece también amenazar a Quine cuando en su *Pursuit of Truth*, por ejemplo, aborda la cuestión del ascenso semántico del modo siguiente:

«(...) el predicado “verdad” es superfluo cuando se predica de una oración dada; basta con proferir la oración. Pero es necesario cuando la oración no está ya dada. Así, puede que queramos decir que todo lo que alguien dijo en cierta ocasión era *verdad* o que todas las consecuencias de teorías *verdaderas* son también *verdaderas*. Cuando se analizan desde un punto de vista lógico contextos como estos, encontramos que el predicado “verdad” no es aplicado a una expresión entrecomillada sino a un pronombre o variable ligada. El predicado

⁵⁰ *Ibid.*; p. 14.

⁵¹ Entre los numerosos autores que han señalado esta dependencia de la interpretación sustitucional estándar de la cuantificación del concepto de verdad y por lo tanto la inutilidad de una interpretación de esta índole desde el punto de vista de una teoría de la redundancia de la verdad véase, por ejemplo, Haack, S. (1978): *Philosophy of Logics*, Cambridge, Cambridge U.P.; Fernandez Moreno L. (1992): *Wahrheit und Korrespondenz bei Tarski*, Würzburg, Königshausen & Nueman., p. 53; en especial, Forbes G.: *op. cit.*, pp. 33-35; Kirkham, R.: *op. cit.*, pp. 333-336.

“verdad” resulta imprescindible cuando queremos llevar a cabo una generalización en el contexto de ciertos ámbitos que no pueden ser abarcados por un término general. La forma fácil de generalizar queda ilustrada por la generalización realizada sobre el término “Sócrates” en “Sócrates es mortal”; mediante dicha generalización obtenemos la oración “Todos los hombres son mortales”. Un ejemplo de generalización más complicada nos lo proporciona la generalización que llevamos a cabo sobre la cláusula ‘el tiempo vuela’ en ‘si el tiempo vuela, entonces el tiempo vuela’. Queremos decir que esa oración compuesta *seguirá siendo verdadera* cuando la cláusula que en ella aparece repetida sea sustituida por cualquiera otra (...) Decimos “todas las oraciones de la forma “si p entonces p” son verdaderas». No podríamos llevar a cabo la generalización de la forma que lo hicimos con “Todos los hombres son mortales”, pues ‘el tiempo vuela’ no es a diferencia de “Sócrates” el nombre de un elemento perteneciente a una cierta gama de objetos (hombres, en este caso) sobre los que pueda realizarse la generalización. Hemos superado este problema mediante ascenso semántico, esto es, elevándonos a un nivel en el cual sí que hay objetos a partir de los cuales es posible generalizar; estos objetos son objetos lingüísticos, oraciones»⁵².

Quine, en efecto, no parece advertir que antes de recurrir al predicado «verdadero» para lograr la generalización deseada es decir, en el proceso de ascenso semántico, se ha echado ya mano de la *idea* de la verdad; se dice textualmente:

«Queremos decir que esta oración compuesta *seguirá siendo verdadera*» y también «(...) puede que queramos decir que todo lo que alguien dijo en cierta ocasión era *verdad*, o que todas las consecuencias de teorías *verdaderas* son también *verdaderas*».

Ahora bien, ¿no está aquí justamente, en este «querer decir que algo es verdadero» el meollo —cuando menos una parte sustancial del mismo— del problema filosófico de la verdad?: ¿qué significa «querer decir que algo es verdadero»?; ¿qué queremos decir cuando decimos que algo es verdadero? (cuando hablamos, por ejemplo, de «teorías verdaderas» y de sus consecuencias); ¿por qué queremos decir que algo es verdadero? (por qué podemos querer «decir que todo lo que alguien dijo en cierta ocasión era verdad»); y, en última instancia, ¿qué justifica o legitima nuestro decir de algo que es verdadero? (en especial, por ejemplo, qué puede justificar nuestro decir que «esa oración compuesta *seguirá siendo verdadera* cuando la cláusula que en ella aparece repetida sea sustituida por cualquier otra». (Y, parece evidente, por otra parte que cualquier explicación o análisis de la verdad ha de dar cuenta de nuestro uso del concepto o la idea de la verdad en situaciones semejantes).

⁵² Quine, W. v. O. (1990): *Pursuit of Truth*, Cambridge, Mass., Harvard U. P.; (se cita por la vers. cast. (1992): *La búsqueda de la verdad*, Barcelona, Crítica, pp. 123-124. Énfasis nuestro).

Una forma de enjugar esas «contradicciones» bien pudiera consistir en tomar los pasajes señalados como exponentes de una mera «forma de hablar», que nos es habitual y, en esa medida, de difícil abandono, y atenerse a otras caracterizaciones del proceso del ascenso semántico (empleadas de hecho por Quine en otros momentos de su obra y en las que esa remisión a un concepto o idea de la verdad tiene otro papel).

Así, por ejemplo, en un pasaje de su *Philosophy of Logic* Quine trata esta cuestión del modo siguiente:

« (...) las comillas [simples] son toda la diferencia que hay entre hablar de palabras y hablar de la nieve. Lo entrecomillado es nombre de una oración (...) Al llamar verdadera a la oración llamamos blanca a la nieve. El predicado verdad —o verdadero/a en las formas adjetivas más corrientes— es un procedimiento de desentrecomillado. Podemos *afirmar* la oración aislada sin más que emitirla, sin la ayuda de comillas [simples] ni del predicado verdad; pero si lo que deseamos es *afirmar* algún conjunto infinito de oraciones que sólo podemos delimitar hablando de oraciones, habrá que usar el predicado verdad. Lo necesitamos para restablecer el efecto de referencia objetiva siempre que, por causa de alguna generalización hemos recurrido a ascensión semántica»⁵³.

El modo en que Quine prescinde aquí de cualquier alusión a la verdad y se limita a considerar la cuestión en «sus justos términos», es decir, como un problema que atañe a la diferencia entre *afirmar* una oración aislada (entre, por ejemplo, afirmar que la nieve es blanca) y *afirmar* (pero ¡desea afirmar!) un conjunto infinito de oraciones (lo que no puede hacerse mediante una conjunción infinita, sino mediante la construcción de una única frase), como cuando «se quiere» afirmar todas las (infinitas) frases de la forma: a. la nieve es blanca → (la hierba es azul → la nieve es blanca); b. La Tierra se mueve → (el Sol es frío → la Tierra se mueve); c.; d.⁵⁴ nos permite apreciar en qué medida —en qué contextos— el predicado «es verdad(ero)» resulta, prescindible y en qué medida —en qué contextos— funciona como un recurso técnico-formal imprescindible. En efecto, así como Quine parece tener razón al sostener que:

«El predicado verdad —o verdadero/a en las formas adjetivas más corrientes— es un procedimiento de desentrecomillado. Podemos *afirmar* la oración aislada sin más que emitirla, sin la ayuda de comillas [simples] ni del predicado verdad».

Igualmente convincente resultaría su observación de que para afirmar un conjunto infinito de oraciones no contamos con otro recurso que la apelación a ese predicado [al predicado «es verdad»].

⁵³ Quine, W.v.O. (1970): *Philosophy of Logic*, Englewood Cliffs, Prentice Hall; (se cita por la vers. cast. (1973): *Filosofía de la lógica*, Madrid, Alianza, p. 37. Énfasis nuestro).

⁵⁴ Cfr. Soames, S. (1984): «What is a Theory of Truth?», *The Journal of Philosophy*, LXXXI, 411-429; pp. 412-413.

A primera vista cuando menos, la única forma de generalizar el proceso incoado en a-b (de afirmar todas las oraciones de esa forma) requiere de una cuantificación; es decir, de un procedimiento que exige que las oraciones [proposiciones] sean reemplazadas por variables.

Si la cuantificación se interpreta como cuantificación objetual estándar⁵⁵, entonces las variables se consideran como términos singulares que están en lugar de nombres de oraciones [o proposiciones] (y que toman oraciones [o proposiciones] como valores); en este caso, las expresiones resultantes necesitan de un predicado que las complete: para toda proposición [oración] p, q (la proposición de que [la oración «p»] p... → (la proposición de que [la oración «q»] q... → la proposición de que [la oración «q»] p...))⁵⁶. Es «verdadero» resultaría ser justamente el predicado requerido para completar esas expresiones: para toda proposición [oración] p, q (la proposición de que [la oración «p»] p es verdadera → (la proposición de que [la oración «q»] q es verdadera → la proposición de que [la oración «p»] p es verdadera))⁵⁷.

Por otro lado, si la cuantificación se entiende según la interpretación sustitucional estándar, una vez más nos encontramos con que el predicado «es verdad» se nos presenta como un recurso formal imprescindible. No en vano una lectura en clave sustitucional de la generalización anterior sería: «toda instancia de sustitución de “ $p \rightarrow (q \rightarrow p)$ ” es verdadera».

Enemigo declarado de la cuantificación proposicional, Quine propondrá finalmente: «Podemos considerar “p”, “q” etc., como letras esquemáticas comparables a “F”, “G”, etc., y podemos considerar “[$(p \rightarrow q) \wedge \neg q$] → $\neg p$ ”, no como un enunciado, sino como un esquema o diagrama tal que todos los enunciados de esa forma esquemática son verdaderos» en cuya interpretación se recurre, como se desprende del texto de Quine, al predicado «es verdad».

Frente a un procedimiento de esta índole, siempre cabría argüir, por ejemplo, que la fuente última de la validez del tipo de afirmaciones que promueven el ascenso semántico no es otro que el hecho —dependiente de la configuración última de la realidad y no de la estructura del lenguaje— de que todo individuo [o bien] tiene o [bien] no tiene una determinada propiedad (o guarda o no guarda determinada relación con cualquier otro individuo).

Mas si esto es así, ¿por qué mencionar entonces oraciones en el proceso de generalización en lugar de hablar de individuos y sus propiedades?⁵⁸

Desde el punto de vista de Quine, porque un intento de este tipo conllevaría la cuantificación sobre individuos y sobre predicados [propiedades]. Una vez más, si la cuantificación se interpreta o entiende en un sentido objetual —el único que Quine admitiría— entonces es preciso considerar las letras «F», «G», como variables genuinas que toman como valores atributos o clases y a los predicados en cuyo lugar están las variables como nombres de esos atributos o clases. Al igual que en el caso de la

⁵⁵ *Ibid.*; p. 413.

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Ibid.*

⁵⁸ A propósito de esto, véase Horwich, P.: *op. cit.*; nota 1, p. 5.

cuantificación proposicional, Quine se opone frontalmente a este modo de considerar los predicados como nombres de determinadas entidades (atributos, clases). Su propuesta, al igual que en el caso de las letras «p», «q», etc., es más bien considerar las «F», «G», como falsos predicados o huecos en un diagrama de enunciado; diagramas que muestran la forma de diversos enunciados verdaderos. Pero como la propia caracterización muestra, el predicado «es verdad(ero)» resulta aquí ineludible.

La apelación a una interpretación sustitucional estándar de la cuantificación tampoco resolvería el problema⁵⁹. Una lectura en estos términos de, por ejemplo, la fórmula « $\forall F \forall x (Fx \vee \neg Fx)$ » arrojaría como resultado una expresión en la cual, una vez más, «es verdad(ero)» tendría una presencia indispensable e indiscutible.

A quién pretendiera mostrar, pese a todo, el carácter superfluo del predicado «es verdad(ero)» tal vez le fuera posible ensayar todavía otra salida a través de expresiones del tipo: «Para... p, [que] p es un hecho o [que] p no es un hecho»; «Para... p, [que] p se da o [que] p no se da» (e igualmente, ¿por qué no decir: «si p es un hecho [es el caso, se da], entonces si q es un hecho [es el caso, se da], entonces p es un hecho [es el caso, se da]?»), si fuera posible proporcionar una caracterización lógico-formal correcta y satisfactoria de frases de ese tipo que no tuviera que recurrir de un modo u otro al predicado «es verdad (ero)».

Pues en este caso, ni siquiera el ejemplo «más filosófico» que Soames⁶⁰ propone y según el cual el ascenso semántico sería un procedimiento «conveniente» [«a convenient way»] para caracterizar, por ejemplo, esa posición filosófica que hoy entendemos como «realismo metafísico», mostraría la necesidad, de recurrir directamente al predicado «verdad(ero)».

Una forma de caracterizar esa posición es, sin duda, como lo hace Soames⁶¹ mediante la cláusula: «There is at least one sentence such that s is true (in English), but will never find (sufficient) evidence supportings»; pero lo mismo puede lograrse a través de otras formulaciones como: «la realidad es como es, aunque no tengamos medios de llegar a conocerla»; «los hechos son como [lo que] son aunque no tengamos (ni tendremos) evidencia (alguna, suficiente) de como [lo que] son»; «hay por lo menos un hecho [un estado de cosas] del cual no tenemos (ni tendremos) evidencia [prueba, conocimiento] alguno»; etc...

En cierto sentido, las formulaciones anteriores resultan estar incluso más acordes con el espíritu de la disputa realismo-anti-realismo, si ésta se refiere fundamentalmente, como sostiene Soames, a una discusión entre distintas concepciones de la realidad y no a una disputa entre diferentes posturas acerca de la verdad⁶².

Ahora bien, siempre cabría argüir que este recorrido por la noción de hecho u homólogos en nada contribuye a mostrar el carácter superfluo del predicado «es verdad»: «[que] es un hecho», «[que] es el caso», «[que] se da», etc., parecen más paráfrasis, cláusulas explicativas de la verdad, que medios de eliminar (como redundante o superfluo) el predicado «es verdad(ero)».

⁵⁹ *Ibid.*

⁶⁰ *Cfr.*, Soames, S.: *op. cit.*; p. 413.

⁶¹ *Ibid.*; p. 414.

⁶² *Ibid.*

Y, sin embargo, en lo que tiene de insatisfactorio, esta posibilidad resulta también sumamente reveladora. Pues en la medida en que expresiones de ese tipo puedan entenderse como paráfrasis (o, si se quiere, meros sinónimos) de las formas que utilizan el predicado «es verdad», deja de ser *evidente* en qué sentido puede mantenerse, con Quine por ejemplo, que «to call a statement true is *just* to reaffirm it» (énfasis nuestro); y no más bien que decir que una oración o enunciado es verdadero es decir que lo que dicha oración o enunciado expresa es un hecho (un estado de cosas que se da, algo que es el caso, etc.): mostrando así el contenido o sentido de ese predicado («es verdad(ero)»); y lo que es más importante, uno de sus contenidos o sentidos posibles (pero no el único posible, como revela la existencia de teorías alternativas sobre el concepto de la verdad. Por cercanas que desde un punto de vista intuitivo puedan parecernos, una teoría de la verdad precisamente no puede dar por sentada la sinonimia o equivalencia semántica de esas expresiones).

A modo de última vuelta de tuerca, todavía cabría sugerir que si por debajo de todo esto no late una idea sustantiva (tan sustantiva, por lo menos, como la que equipararía decir que algo es verdadero con decir que expresa un hecho, un estado de cosas etc...) de la verdad; que si «llamar a una oración “verdadera” no es adscribirle una propiedad, la de la verdad, es simplemente otro modo de aseverarla»; o que, si, como sostiene Quine, fuera de determinados contextos el predicado «es verdadera(ero)» es redundante en el sentido de que funciona exactamente como lo haría la simple emisión asertiva de la oración ¿no cabría, tal vez, prescindir también en estos contextos técnicamente especiales del predicado «es verdad» y atenerse al uso de fórmulas más «neutras» del tipo: «afirmamos [se afirma] toda oración de la forma “p o no p”»; «toda oración de la forma “p o no p” es afirmada [se afirma]»; «toda oración de la forma “p o no p” es afirmable» o cualquier otra variante en la que quede explícitamente recogida y expuesta la mera equiparación entre aserción y verdad que Quine quiere ver como explicación del «lugar» conceptual del predicado «es verdad».

Podría alegarse que así como no es lo mismo afirmar una oración o conjunto (incluso infinito) de oraciones que decir que se afirman, que se tiende a afirmarlas y mucho menos que son afirmables, así tampoco el tipo de formulaciones que proponemos reflejan el papel que el predicado «es verdad» cumple en el lenguaje ordinario; ni explican por lo tanto la existencia del mismo.

Ahora bien, la asunción implícita aquí de que la explicación subyacente en el llamado «ascenso semántico» es la del cometido que el predicado «es verdadera(ero)» tiene de hecho en un lenguaje natural y no más bien la del papel que dicho predicado debería tener o cumplir resulta mucho más problemática de lo que a primera vista pudiera parecer.

Pues está sin duda en el corazón de nuestra comprensión intuitiva y preanalítica de la verdad el entender que afirmamos las frases de la forma: «la nieve es blanca → (la hierba es azul → la nieve es blanca)»; «la Tierra se mueve → (si el Sol es frío → la Tierra se mueve)»; ... en general, las frases de la forma: «si p entonces si q, entonces p» *porque* las consideramos o tenemos por verdaderas. Desde este punto de vista

—preanálítico, ingenuo, si se quiere— decir de algo que es verdad(ero) no es simplemente afirmarlo, sino proporcionar la razón (última) para su afirmación. Basta observar hasta qué punto produce una extraña sensación de inconclusión la expresión antes mencionada: «toda oración de la forma “p o no p” es afirmable»; ... afirmable ¿por qué? y que la respuesta que inmediatamente nos viene a las mentes no es otra que: porque toda oración de esa forma es verdadera, para comprender de qué modo la equiparación entre afirmación y verdad en el sentido radical que propugna Quine y bajo la cual la verdad operaría como un mero signo de afirmación en determinados contextos lógicos y formalmente especiales supone una ruptura sustancial respecto de algunas de nuestras más firmes intuiciones (Quine podría hablar aquí tal vez de prejuicios) acerca de la verdad.

Pues obsérvese que lo que aquí se nos está proponiendo no es la elucidación de la relación entre afirmación y verdad que llevaría a Frege a mantener que afirmar es presentar un pensamiento como verdadero y a Habermas a manifestar que:

«(...) la teoría de la verdad como redundancia puede apelar a una observación correcta: “que ‘p’ es verdadera” no añade nada a la afirmación “p”. Pues al afirmar “p” presento o entablo para “p” una pretensión de verdad: en ello radica el sentido pragmático de las afirmaciones».⁶³

Y que, en definitiva, emplazaría a toda teoría de la verdad a enfrentar la cuestión de qué es exactamente lo que «se significa» o «se dice» cuando al afirmar se dice —implícitamente— que algo [lo afirmado] es verdad(ero).

Mientras puede sostenerse que es hasta cierto punto una trivialidad mantener que afirmar es «presentar un pensamiento como verdadero», elucidar qué se proclama o mantiene cuando se proclama o mantiene que algo es verdadero, es decir, cuando se afirma algo, lejos de resultar trivial representa una necesidad teórico-práctica que, en última instancia, llama a poner en juego la con(s)ciencia y responsabilidad (lingüísticas) del hablante. La verdad y la preocupación por el sentido de la verdad lejos de ser patrimonio exclusivo de ningún dominio teórico-científico o estrictamente filosófico, se nos revelan así como algo que compete —y compromete— al hablante en cuanto hablante; al hombre que simplemente habla: pues afirmamos. (La constatación de esa «equivalencia pragmática» entre afirmación y verdad puede constituir el punto de partida, pero no el de llegada, de una reflexión filosófica acerca de la verdad: establecer que al afirmar elevamos una pretensión de verdad no hace otra cosa que desplazar la reflexión acerca de la verdad al terreno de la elucidación de qué es «aquello» que al afirmar «pretendemos»; mejor dicho, de cuál es el sentido o contenido de esa pretensión de verdad que al afirmar elevamos).

⁶³ Habermas, J. (1972): «Wahrheitstheorien», en Fahrenbach, H. (ed.): *Wirklichkeit und Reflexion*, p. 213 (vers. cast. (1989): «Teorías de la verdad», en Habermas, J. (1989): *Teoría de la acción comunicativa: complementos y estudios previos*, Madrid, Cátedra, 113-158; p. 115; reimp. en Nicolás, J. A. y Frápoli, M^a J. (eds.), (1997): *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Madrid, Tecnos, 543-597).

La forma en que Quine entiende que, una vez desechadas las cuestiones concernientes a la justificación de nuestras afirmaciones o creencias, en una teoría de la verdad sólo queda espacio para la verdad entendida como puro mecanismo (¿o signo?) de afirmación (a hacerse explícito cuando se desee afirmar un conjunto infinito e oraciones), pues «(...) decir de un enunciado que es verdadero es justamente reafirmarlo» (no hacer explícito lo que subyace implícito en una afirmación), enmascara la diferencia *crucial* que existe entre mantener que decir que algo es verdadero es simplemente afirmarlo, y mantener que afirmar algo es decir —o pretender— que (lo afirmado) es verdadero (que se afirma algo porque que se cree o se tiene por verdadero).

Si la idea (y, por ende, el problema) de la verdad no está de algún modo involucrada o comprometida tanto en lo que en última instancia hacemos (decimos) o pretendemos hacer (decir) cuando afirmamos —a saber, elevar una pretensión de verdad— como en la justificación, o no, de la pretensión de verdad que elevamos con (y para) nuestras afirmaciones, ¿no sería posible prescindir también en los contextos que, al decir de Quine, exigen la presencia del predicado «es verdad(ero)» como un mero mecanismo de generalización, del uso de ese predicado y remitirse a la utilización de fórmulas más «neutras» (del tipo: «afirmamos toda oración de la forma “p o no p” etc...») que no involucren lo que, desde una perspectiva intuitiva, si parece estar involucrado en las formulaciones del tipo «toda oración de la forma “p o no p” es verdad(era)»: la *razón* (como justificación) para la afirmación de todas y cada una de las (potencialmente infinitas) oraciones de esa(s) forma(s) o estructura(s)?

Cualquier resistencia por parte de nuestro lenguaje (o esquema conceptual, si se quiere) a «suplantar» la expresión «es verdad» en lo contextos contemplados por Quine por la (más neutra) «afirmamos», «se afirma», etc., etc., parece ser justamente señal o síntoma de que la explicación de la correlación entre afirmación y verdad debería apuntar más en la dirección señalada por Frege o Habermas, entre otros, que a la que se sugiere en los textos de Quine o Ayer.

Esta especie de «doble moral» en torno a la verdad queda en cierto sentido superada en el caso de Williams en versiones posteriores de su teoría en las que la, de algún modo, vaga asunción del autor de una interpretación sustitucional estándar de la cuantificación en sus obras más tempranas se supera en favor de una adscripción a una concepción de la cuantificación en la línea de la sustentada por Prior: es posible entender la práctica de ligar variables proposicionales con cuantificadores sin apelar al concepto de verdad previamente entendido. Claramente, no todo uso de «algún» puede entenderse mediante la regla «sustitucional». «Una proposición de la forma “Para algún H (...H...)” es verdadero si y sólo si, alguna proposición verdadera puede encontrarse al sustituir una constante o constantes del tipo apropiado por la variable o variables en la matriz de la proposición cuantificada». Aquí el *circulus in definiendo* es inducido por la ocurrencia de la palabra «algún» en la regla que pretende dar su definición. *Algún* uso de «algún» debe tomarse como primitivo.

Creo que de hecho una palabra como «alguien» se aprende cuando a uno se le entrena en el reconocimiento de inferencias correctas. Uno aprende que de «Eduardo

viene a cenar» se puede inferir «Alguien viene a cenar». Uno aprende a reconocer «Si Julia viene a cenar, alguien viene a cenar» como lógicamente necesario. No es entonces difícil adquirir el uso, digamos, de «de algún modo» por analogía. Exactamente igual que uno reconoce la validez de una inferencia que resulta de sustituir «alguien» por un nombre, así uno reconoce la validez de una inferencia que resulta de la sustitución de «de algún modo» por una frase adverbial de la forma «en tren» en «Enrique llegará en tren». Aprendemos a usar « $\exists x$ » como el equivalente formal de «alguien». No sería difícil aprender a usar otra expresión cuantificacional, digamos « $\exists h$ », como el equivalente formal de «de algún modo».

Hay sólo un pequeño paso a partir de aquí para aprender el uso « $\exists p$ ». Todo lo que se necesita es que aprendiésemos a reconocer una vez más la regla apropiada de generalización existencial. Dado que Jorge ha dicho que la hierba es verde o que la nieve es blanca, podemos sin riesgo inferir « $\exists p$ (Jorge dijo que p)». Aprender el uso de las variables proposicionales cuantificadas no es más que estar entrenado en reconocer la validez de tales inferencias. Al afirmar la regla que expresa esta validez, podría ser conveniente usar la palabra «verdadero»; pero una persona puede estar entrenada para hablar de acuerdo con la regla, y así entender el modo de habla gobernado por la regla, sin ser capaz de formular la regla de esta o de cualquier otra manera. No hay necesidad de entender el uso de la palabra «verdadero» para usar la expresión « $\exists p$ » correctamente. De este modo no hay obstáculo en analizar el concepto de verdad por medio de la noción expresada por « $\exists p$ »⁶⁴.

La propuesta de Williams nos remite a lo dicho por Prior —invocado con frecuencia por el propio Williams— y por Mackie en torno a la cuantificación y a los problemas generados por las versiones o interpretaciones logicistas de la misma. En ambos autores se observa un cierto (y, tal vez, sano) desapego —si se nos permite hablar así— respecto a los compromisos lógico-formales que desde la lógica formal se impone al tratamiento de la cuantificación⁶⁵ (igualmente en Mackie)⁶⁶.

⁶⁴ Williams, C.J.F.: «La teoría pro-oracional de la verdad»; pp. 316-317.

⁶⁵ Prior, A. (1971): *Objects of Thoughts*, Oxford, Clarendon Press.

⁶⁶ Mackie, J.L. (1970): *Truth, Probability and Paradox*; pp. 60 y ss. En el original: «But these difficulties are all chimerical. (...) The other have, I think been effectively sipped by Prior. What a variable "stands for" in one sense is simply what it keeps a place for, and the variables in the above formulae keep places for sentences. There is no need to suppose that they "stand for" anything at all in the other sense of designating some objects. If each item for which "p" keeps a place does not designate an object —and the job of sentences is not to designate objects— then "p" doesn't stand for anything in this second sense (...) Briefly, there is no reason why these quantified formulae should not function exactly as they are intended to, namely as compendious ways of speaking about the sorts of things we get when their variables are replaced by sentences. We should indeed be in difficulties if we had to find a single category of entities which can occur both in their own, as parts of the world, and as the contents of beliefs, assertions and so on. But these quantifications do not require this. The repeated variable merely indicates that in each instantiation the same sentence will be used twice, once we pick out a statement. how things are said to be, and once to pick out a fact, how things are (...) These quantifications apply to sentences rather than to any entities that sentences might be held to designate, but to sentences used, not mentioned: we are not to read "($\exists p$)", for instances, as "there is a sentence 'p'...". And we should not let anyone tell us that we cannot read these quantifiers and variables in the intended way; the symbols are our instruments, not our masters».

Aunque en *What is Truth?*, Williams se sirviera en una parte sustancial de su propuesta de la teoría de las descripciones de Russell, se apartará de él en un aspecto no menos sustancial de la misma.

En efecto, Russell entendía que las expresiones: «Lo que A trajo», «Lo que A dijo», etc., podían ocupar una posición de argumento en las oraciones en las que aparecían. Siguiendo una sugerencia de Prior, Williams propone sin embargo interpretar la expresiones del tipo «lo que A trajo», «lo que A dijo» (y sus correlatos simbólicos) como predicados de segundo orden que tendrían como argumentos predicados de primer orden⁶⁷. Un predicado de primer orden —argumento del predicado de segundo orden «lo que A trajo»— sería, por ejemplo, «está en el bolsillo del abrigo»; y de forma análoga tendríamos un predicado de primer orden —argumento del predicado de segundo orden «lo que A dijo»— en la expresión «es interesante»⁶⁸.

La larga exposición que Williams dedica a esta cuestión —llamada a socavar, de manera indirecta, la tendencia a considerar «es verdad» como un predicado «normal» al poner en entredicho el carácter de sujeto lógico (mejor dicho, al mostrar que aquello que aparentemente funciona de sujeto lógico de una predicación de verdad es en realidad un predicado [de segundo orden]) de aquello que superficialmente oficia como tal: «lo que A dijo», etc.— queda sin embargo lejos de cumplir su cometido, pues, como el propio autor reconoce, todavía hay que dar sentido y cuenta de los predicados de primer orden («está en la repisa de la chimenea», «is believed by X», «es interesante», «es verdad»,...) que son ahora concebidos como argumentos de los predicados de segundo orden correspondientes.

Al igual que «lo que A trajo», también «lo que A dijo», etc., es una expresión incompleta que requiere ser «saturada» mediante el argumento pertinente. En una formalización precisa, las fórmulas mismas mostrarían los huecos o vacíos correspondientes a los argumentos llamados a saturarlas: $\sum x \prod y K E I x y T y () x$ ⁶⁹ $[\exists x \{T x \wedge \forall y [T y \leftrightarrow (x = y)] \wedge () x\}]$ y $\sum p \prod q K E I p q D q () p$ ⁷⁰ $[[(\exists p)(q) \{p = q\} \equiv D q] \wedge _ p]$ ⁷¹ / $[\exists p \{D p \wedge \forall q [D q \leftrightarrow (p = q)] \wedge () p\}]$ mediante, por ejemplo, las expresiones «está en la repisa de la chimenea» [«R»]: $\sum x \prod y K E I x y T y R x$ $[\exists x \{T x \wedge \forall y [T y \leftrightarrow (x = y)] \dot{U} R x\}]$ o «es creído por» [«is believed by...»] [«C»]: $\sum p \prod q K E I p q D q C p$ $[[(\exists p)(q) \{p = q\} \equiv D q] \wedge C p]$ / $[\exists p \{D p \wedge \forall q [D q \leftrightarrow (p = q)] \wedge C p\}]$ (siendo «Dp» la abreviatura de «A dice[dijo] que p») con lo que obtendríamos el equivalente simbólico de «What A says is believed by Pauline».

Indudablemente, también habrá de ser posible incorporar una expresión como «es interesante» y obtener así formalmente las expresiones: $\sum p \prod q K E I p q D q S p$ $[[(\exists p)(q) \{p = q\} \equiv D q] \wedge S p]$ / $[\exists p \{D p \wedge \forall q [D q \leftrightarrow (p = q)] \wedge S p\}]$ como correlatos simbólicos de «lo que A dijo es interesante»; de suerte que cualesquiera que sean los méri-

⁶⁷ Williams, C.J.F: *What is Truth?*; pp. 47-48.

⁶⁸ *Ibid.*

⁶⁹ *Ibid.*; pp. 41 y ss. Formalización según la notación polaca que utiliza Williams en este texto.

⁷⁰ *Ibid.*

⁷¹ Según la caracterización de Kirkham, R.: *op. cit.*; pp. 323 y ss.

tos de la consideración formal de las expresiones como «lo que A trajo», «lo que A dijo» como predicados de segundo orden ello, no afecta al *status* de las expresiones del tipo «está sobre la repisa de la chimenea», «es interesante» ni, en principio cuando menos, de la expresión «es verdadero» como predicados de primer orden.

Ahora bien, lo cierto es que esa misma expresión: «Lo que A dijo», es decir, « $\sum p \cap q K E I p q D q () p$ » $[[(\exists p)(q)\{p = q \equiv Dq\}$ y $\underline{\quad} p\}/\exists p\{Dp \wedge \forall q[Dq \leftrightarrow (p = q)] \wedge (p)\}]$ puede completarse también, de una forma ciertamente anómala, no mediante la «saturación» o «llenado» del espacio «()» con los argumentos correspondientes, sino mediante la clausura o «evaporación» de dicho espacio.

En efecto, si tomamos como punto de partida la frase: «Lo que A dijo es verdad», es decir (de acuerdo con el tratamiento que Williams ha defendido) la expresión: «Para algún p, A dijo que p y para todo q, A dijo que q si, y sólo si, p es la misma proposición que q, y p» obtendríamos, mediante el proceso de formalización pertinente, la fórmula « $\sum p \cap q K E I p q D q p$ »⁷²

$[[(\exists p)(q)\{p = q \equiv Dq\} p\}/\exists p\{Dp \wedge \forall q[Dq \leftrightarrow (p = q)] \wedge p\}]$ que es, como puede apreciarse a simple vista, en todo semejante a la formalización correspondiente a «lo que A dijo»: « $\sum p \cap q K E I p q D q () p$ » $[[(\exists p)(q)\{p = q \equiv Dq\}$ y $\underline{\quad} p\}/\exists p\{Dp \wedge \forall q[Dq \leftrightarrow (p = q)] \wedge () p\}]$ salvo por la, aparentemente desdeñable, diferencia de que en el primer caso tenemos un hueco o espacio a ser llenado por un argumento [un predicado o función] adecuado, mientras que en el segundo caso dicho espacio «se ha evaporado»:

«But whereas we are able to see “ $\lambda x F x G x$ ” as the result of supplying “G” as argument to the second-level function “ $\lambda x F x () x$ ” there is no analogous way of dividing “ $\lambda p J p p$ ” into function and argument. “ $\lambda p J p p$ ” is obtained, not so much by filling up the place indicated by the empty parenthesis in “ $\lambda p J p () p$ ” as by removing the parenthesis and closing up the space».⁷³

Dicho de otro modo:

«(...) to change “ $\lambda p J p p$ ” (“What Percy says is true”) into “ $\lambda p J p D p$ ” (“What Percy says is believed by Pauline”) all we have to do is insert “D” between the last two variables: we do not have to remove anything. There is a clear sense in which “D” represents the quasi-predicate “is believed by Pauline”: there seem to be nothing at all representing the quasi-predicate “is true”. Truth seems to have evaporated in our analysis».⁷⁴

Con todo, el resultado más notable de esta argumentación no es tanto la «evaporación» de la verdad, como la (presunta) equiparación en el orden lógico-formal entre «lo que A dijo» y «lo que A dijo es verdad»; una equiparación en la que

⁷² Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; pp. 41 y ss.

⁷³ *Ibid.*; p. 41.

⁷⁴ *Ibid.*; p. 42.

Williams vería en *What is Truth?* la clave justamente para la comprensión de la función y uso de la expresión «es verdad» en un lenguaje natural: como mero comodín sintáctico para completar expresiones que, como «lo que A dijo», son en sí mismas incompletas.

«The need for the word “true” is this: “What the postman brought” (...) does in ordinary language the job done in our symbolism by “ $\lambda xFx()$ ». In “What Percy says is believed by Pauline” the phrase “What Percy says” does more or less what is done by “ $\lambda pJp()$ ». But in “What Percy says is true”, “What Percy says” cannot do the job which is done by “ $\lambda pJpp$ ” for that job is the job of expressing a complete proposition, of saying something true or false; “ $\lambda pJpp$ ” is a complete sentence. “What Percy says” is a noun-phrase. To make a complete sentence of it a verb-phrase has to be added. The verb-phrase ordinary language provides for that purpose is “is true”. The word “true” is needed in ordinary language because the ordinary-language equivalents of definite descriptions demand complementation by something which has the form of a first-order predicate.»⁷⁵

En efecto, la misma cadena de símbolos⁷⁶: « $\sum p \sqcap q KEI p q D q p$ » $[[(\exists p)(q)\{[p=q] \equiv Dq\} \wedge p\} / \exists p\{Dp \wedge \forall q[Dq \leftrightarrow (p=q)] \wedge p\}]$ que corresponde a la expresión «lo que A dijo» en «lo que A dijo es interesante» o «lo que A dijo es creído por Pauline» [«What Percy says is believed by Pauline»] sirve en sí misma «con el hueco cerrado» («with the gap closed») para hacer el trabajo completo de la proposición «lo que A dijo es verdad».

La versatilidad que muestra la expresión formal: « $\sum p \sqcap q KEI p q D q p$ » $[[(\exists p)(q)\{[p=q] \equiv Dq\} \wedge p\} / \exists p\{Dp \wedge \forall q[Dq \leftrightarrow (p=q)] \wedge p\}]$ con su capacidad para este doble funcionamiento: en cuanto expresión incompleta a saturar mediante el argumento pertinente —como traducción a un lenguaje formal de «lo que A dijo» en proposiciones como «lo que A dijo es interesante» o «What Percy says is believed by Pauline»— y en cuanto expresión completa cuando formaliza o traduce una frase como «lo que A dijo es verdad»⁷⁷, carece de contrapartida en el lenguaje cotidiano⁷⁸. Y es esta carencia —la necesidad de complementación de la frase «lo que dijo» o, lo que es lo mismo, la falta de una expresión del lenguaje cotidiano con la (doble) capacidad expresiva que la fórmula « $\sum p \sqcap q KEI p q D q p$ » (en cualquiera de sus variantes) tiene—, la que proporciona la explicación de la existencia en los lenguajes cotidianos de una expresión como «es verdad(ero)»:

«This versatility is nothing to be surprised at. It is a consequence of the obvious fact that variables can be of different categories, including the category of

⁷⁵ *Ibid.*; p. 47.

⁷⁶ *Ibid.*; p. 42 y pp. 51-52.

⁷⁷ *Ibid.*; p. 48.

⁷⁸ *Ibid.*; p. 52.

sentence. Definite descriptions of ordinary language are not so versatile. "What Percy says" cannot constitute a sentence by itself, it has to be supplemented by the invention of the quasi-predicate "is true".

»It is not the evaporation of truth that needs explanation, it is the existence of the quasi-predicate "is true" in ordinary language. And this is to be explained as a deficiency, as a failure of ordinary language to mirror in its definite descriptions the wide range of categories the corresponding expressions formed by "t" can cover.⁷⁹

Parecido argumento le lleva a suscribir en un trabajo posterior:

«Los lenguajes naturales están empobrecidos en este aspecto. Lo más cerca que pueden llegar a proporcionar algo equivalente a " $\exists p$ (Jorge dijo que p y p)" es producir oraciones incompletas "Jorge dijo algo y eso" y "lo que Jorge dijo". Para completar estas oraciones hemos inventado el pseudo-predicado "era verdadero". La función de "es verdadero" es tanto convertir el pronombre "eso" en una prooración como convertir la descripción definida "lo que Jorge dijo" en una proposición completa.

»Así como en los lenguaje naturales tenemos pronombres pero no prooraciones, así las descripciones definidas de los lenguajes naturales toman forma nominal en vez de oracional. Un lenguaje formalizado equipado con cuantificadores que ligen variables proposicionales puede hacerlo mejor. No sólo dirá " $\exists p$ (Jorge dijo que p y p)" lo que se dice mediante "Jorge dijo algo y eso es verdadero", sino "El p tal que (Jorge dijo que p) p" puede reproducir adecuadamente "Lo que Jorge dijo era verdadero". Ambas oraciones formales nos dispensan de la palabra "verdadero". En este sentido es realmente redundante.⁸⁰

En el mismo sentido, Williams sostiene en *Being, Identity, and Truth* que:

«The word "true" then has the job, in a language, for example English, which lacks purpose-built prosentences, of creating ad hoc prosentences ("it is true") out of pronouns ("it").»

(En orden a cumplir el papel que cumpliría, de existir, una genuina pro-oración del tipo «*esso*», etc. [«*thether*»]: «A dijo que Dios existe y *esso*» —lo que ahora se cumple mediante la expresión «eso es verdad»—):

«and it has the further job of satisfying the need of bogus subject-expressions ("What Eric said") for a bogus predicate». ⁸¹

⁷⁹ *Ibid.*; pp. 51-52.

⁸⁰ Williams, C.J.F.: «La teoría pro-oracional de la verdad»; p. 315.

⁸¹ Williams, C.J.F.: *Being, Identity, and Truth*; pp. 95-96.

Pero, aunque tal vez pudiera verse aquí el atisbo de un vaciamiento semántico de la idea de la verdad interesante, por radical, lo cierto es que la argumentación que conduce a Williams a este resultado resulta difícilmente sostenible: la equiparación en el orden lógico-formal de las expresiones «lo que A dijo» y «lo que A dijo es verdad» no sólo representa un atentado contra las intuiciones más firmes de los hablantes, sino también una suerte de extraño espejismo en el que colaboran por igual un formalismo no suficientemente perspicuo y una adscripción demasiado firme a la tendencia que básica que dominó la llamada «Filosofía del Lenguaje Ordinario»; la que —en palabras de Rorty— podríamos considerar como la tendencia a equiparar «descubrir la naturaleza de X» con «encontrar cómo usamos o deberíamos usar X (y las palabras relacionadas)»⁸² —usos explícitos, se sobreentiende—. Pues cualquiera que sea el *status* que se conceda a la expresión: « $\sum p \cap q \text{KEI} p q D q p$ » $[[(\exists p)(q)\{[p=q] \equiv Dq\} \text{ y } p] / \exists p\{Dp \wedge \forall q[Dq \leftrightarrow (p=q)] \wedge p\}]$ globalmente considerada, su articulación o estructuración interna muestra una diferencia sustancial cuando de un caso u otro se trata.

El «cierre» de ese espacio al que alude Williams y que resultaría ser toda la diferencia que hay entre «lo que A dijo» y «lo que A dijo es verdad» lejos de señalar la pérdida o «evaporación» de ningún elemento, muestra más bien la crucial diferencia en el valor y funcionamiento sintácticos de la variable final en uno y otro caso. El «cierre» señala el paso decisivo entre la mención⁸³ (uno se pregunta si en buena lógica el formalismo no debería reflejar este hecho haciendo explícito de un modo u otro lo que en el lenguaje cotidiano queda inequívocamente reflejado mediante el «que»: « $\exists p\{D_{\text{que}} p \wedge \forall q[D_{\text{que}} q \leftrightarrow (p=q)] \wedge_{\text{que}} p\}$ ») de una oración y el uso⁸⁴ (declarativo, afirmativo) de la misma (« $\exists p\{D_{\text{que}} p \wedge \forall q[D_{\text{que}} q \leftrightarrow (p=q)] \wedge p\}$ »). Contra lo postulado por Williams⁸⁵ no es entonces la misma expresión la que simboliza lo que «in ordinary language is represented by “What Percy says is true” and “What Percy says”», ni son los mismos ingredientes —a menos que se desdeñen, los diferentes papeles sintácticos, y las consiguientes funciones semánticas, que un determinado elemento puede desempeñar— los que configuran esas expresiones.

Williams es perfectamente consciente de las diferencias sintáctico-gramaticales que distinguen la «p» final en la formalización de «What Percy says is believed by Pauline» de la «p» final en la formalización correspondiente a «What Percy says is true». No parece ser consciente, sin embargo, de la(s) diferencia(s) semántica(s) —crucial(es) en el orden de la verdad— que esa(s) diferencias sintácticas representan; ni parece ser consciente tampoco de que a todos los efectos pertinentes para el tratamiento de un tema de índole lógico-lingüística como el de la verdad las expresiones: « $\sum p \cap q \text{KEI} p q D q () p$ » $[[(\exists p)(q)\{[p=q] \equiv Dq\} \text{ y } () p] / \exists p\{Dp \wedge \forall q[Dq \leftrightarrow (p=q)] \wedge$

⁸² Rorty, R.: *The Linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method*, Chicago, The University of Chicago Press.

⁸³ La designación de una proposición, de acuerdo a la terminología de Williams (cfr. Williams, C.J.F.: «La teoría pro-oracional»; pp. 310-311 y *Being, Identity, and Truth*; p. 101).

⁸⁴ La expresión (de una proposición) según Williams (*ibid.*).

⁸⁵ Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; pp. 51-52.

() p]] y « $\sum p \cap q \text{KEI} p q \text{D} q p$ » [[($\exists p$) (q) { [p = q] \equiv D q] y p } / $\exists p$ { D p \wedge $\forall q$ [D q \leftrightarrow (p = q)] \wedge p }]] no son, pese a las apariencias, ni iguales ni equivalentes.

No es ningún requisito sintáctico, sino su absoluta indeterminación semántica («lo que A dijo»... ¿qué?), lo que nos obliga a completar la expresión «lo que A dijo». No hay nada en esta expresión que indique por sí misma cuál es la actitud del hablante respecto a lo dicho por A; nada tampoco que indique la voluntad del hablante de «reafirmar»⁸⁶ lo dicho por A si finalmente es esto lo que se vendría a expresar también mediante la adición de la expresión «es verdad»: Si digo «lo que Jorge dijo es verdadero», y lo que Jorge dijo es que la nieve es blanca, es como si hubiera dicho yo mismo «la nieve es blanca»⁸⁷. Posiblemente menos confudente sería: es como si yo mismo hubiera *afirmado* que la nieve es blanca: «Al decir que lo que Jorge dijo es verdadero me he comprometido yo mismo con exactamente lo que el mismo Jorge afirmó»⁸⁸. Lo que en el análisis de Williams queda sin explicación es precisamente en qué consiste ese compromiso que el afirmar entraña; y cuál es la relación entre este compromiso y la verdad. «He convertido, como si dijéramos, la designación de la proposición a saber “lo que Jorge dijo” en una expresión de la misma proposición. Esto es para lo que están las palabras “es verdadero”: son mecanismos para convertir la designación de una proposición en una expresión de esa proposición»⁸⁹. Una terminología más precisa nos hablaría de «afirmación» donde aquí se dice «expresión»; al par que mostraría una clara limitación en el acercamiento de Williams a la cuestión (filosófica) de la verdad; dejaría ver, en efecto, por qué la simplicidad y obviedad de las frases del tipo «A dijo que Dios existe y eso es verdad» —de aquéllas en las que el carácter pro-oracional de «es verdad» como «sustituto» en un lenguaje natural de una posible pro-oración «esso» [«thether»] resulta más patente— enmascara sin embargo la necesidad de elucidar el carácter, el *status* sintáctico y semántico de la frase o elemento repetido.

De hecho, el resultado final al que Williams llega no depende de forma sustancial ni del análisis lógico de «lo que A dijo» como símbolo incompleto, ni de su tratamiento lógico-formal⁹⁰. Depende, en última instancia, del alcance de la idea —tenida

⁸⁶ Cfr. Kirkham, R.: *op. cit.*; p. 324.

⁸⁷ Williams, C.J.F.: «La teoría pro-oracional de la verdad»; pp. 310-311.

⁸⁸ *Ibid.*

⁸⁹ *Ibid.*

⁹⁰ En la medida en que el tratamiento formal (en términos de la teoría de las descripciones de Russell) que propone Williams para la expresión «lo que A dijo» fuera extendible a frases del tipo «lo que A dijo es interesante», «lo que A dijo es irrelevante», etc. (y no hay nada en los análisis de Williams que impidieran esa expansión), la tesis de Williams de que el tratamiento de «lo que A dijo» como símbolo incompleto, es decir, como una expresión acerca de la cual no tiene sentido preguntar qué denota (pues un análisis lógico apropiado hará desaparecer) muestra que el predicado «es verdad» no representa un predicado genuino o legítimo pues lógicamente hablando carecería de sujeto al que aplicarse o del que predicarse, se revela ilusoria; a menos que Williams esté dispuesto a admitir que cualquier expresión que en un lenguaje natural se aplique a —o se predique de— «lo que A dijo» (y a todas aquellas expresiones a las que pueda aplicarse el tratamiento de las descripciones definidas de Russell) es una expresión pseudo-predicativa. Pero el propio Williams echa por tierra esta posibilidad al asumir que el correlato simbólico-formal de «lo que A dijo» tiene el *status* lógico de un predicado de segundo orden, a ser completado por un predicado de primer

por evidente— de que la frase «lo que A dijo es verdad(ero)» «no significa más» [«means no more»] que: para algún *p*, A dijo que *p* y *p*; una fórmula en la que —según ha señalado antes Williams— la presencia de un *elemento repetido* muestra que lo que dicho por A es efectivamente verdadero.

No es difícil advertir, sin embargo, que no es la pura —o la mera— presencia de una oración como «elemento repetido» lo que nos permite mostrar, o lo que hace patente, que, por ejemplo, en la frase «el enunciado de A enuncia que Dios existe y Dios existe» «se dice» también que el enunciado de A es verdadero. De hecho, cabría argüir que esa presencia no resulta condición necesaria ni suficiente para la deducción de aquella idea.

Que no es condición necesaria se deja ver en el hecho de que de frases como: «A dijo que el agua hierve [está hirviendo] y la temperatura del agua es de 100°» o como «A dijo que esta sustancia es agua y esta sustancia es H₂O» apenas nadie dudaría en deducir que lo que A dijo es verdad; así como en el hecho, de más difícil control pero no por ello menos relevante, de que frases como: «Lo que el ministro A dijo, que dimitiría en caso de que se comprobara su participación en el asunto B, es verdad» o «Lo que A dijo, que B dejaría su trabajo si su jefe no le ascendiera» podrían tenerse por verdaderas tanto en el caso de la dimisión efectiva del ministro por su demostrada participación en el asunto B —en la circunstancia precisamente en que «el elemento repetido» sufriría una modificación: «el ministro A dijo que dimitiría en caso de que se comprobara su participación en el asunto B y el ministro A dimitió al comprobarse [porque se comprobó] su participación en el asunto B» / «A dijo, que B dejaría su trabajo si su jefe no le ascendiera y B dejó su trabajo al no ser ascendido»— como en el caso de que, por no haberse demostrado su participación en el asunto B, el ministro A no se viera obligado a dimitir (o en el que el trabajador permaneciera en su puesto al haber conseguido el deseado ascenso) —pese a su sincera intención de hacerlo así de haberse dado las circunstancias relevantes— y en el que «el elemento repetido» sería, en efecto, un «elemento repetido»: «el ministro A dijo que dimitiría en caso de que se comprobara su participación en el asunto B y el ministro A dimitiría en caso de que se comprobara su participación en el asunto B» o «A dijo, que B dejaría su trabajo si su jefe no le ascendiera y B dejaría su trabajo si su jefe no le ascendiera».

La repetición estricta de uno de los elementos «induce» unas condiciones de verdad para lo que A dijo enteramente diferentes de las que conlleva la introducción de determinadas modificaciones sintácticas⁹¹.

orden (cfr. Williams, C.J.F.: *op. cit.*, pp. 41 y ss.); es decir, por expresiones del tipo «es interesante», «es irrelevante», etc., e igualmente por la expresión «es verdad», a menos que se hubiera asumido —con entera independencia de cualquier análisis lógico-formal— que «es verdad», en contraposición a «es interesante», «es irrelevante», etc., no constituye de hecho un predicado genuino.

⁹¹No se trata, por lo tanto de poner de relieve, como lo hace Williams, de que está permitido introducir variaciones sintácticas en el «elemento repetido» enteramente inocuas desde el punto de vista de la verdad; sino justamente mostrar que esas variaciones comportan diferencias sustanciales en el modo de entender las condiciones de verdad de lo dicho.

Frases como: «Lo que el ministro A dijo, que dimitiría en caso de que se comprobara su participación en el asunto B, es verdad» / «Lo que A dijo, que B dejaría su trabajo si su jefe no le ascendiera» no tienen condiciones unívocas o no «inducen» un conjunto único de condiciones de verdad Y si esto es relevante en una consideración de la verdad que no desdeñe su dimensión lingüística, más relevante parece ser el hecho de que la *facilidad* con que, desde un punto de vista preanalítico, intuitivo, se acepta como verdad lo que A dijo en la circunstancia en que lo que A dijo es que dimitiría si se comprobara... y A, en efecto, hubiera dimitido al comprobarse..., deja paso a una cierta *perplejidad* en el caso de que tal circunstancia no se diera. Pues aún en este caso nuestras intuiciones lingüísticas nos permiten atisbar la posibilidad de que lo que A dijo sea, pese a todo, verdad(ero); sin que, por otra parte, y éste es el punto sobre el que es interesante llamar la atención, tales intuiciones «pongan a nuestra disposición» las circunstancias determinadas y precisas (el conjunto de condiciones) en que, como hablantes de un lenguaje natural, reconocemos (estamos obligados a reconocer) a tales oraciones como verdaderas.

¿Tiene acaso sentido decir que la oración: «Lo que el ministro A dijo, que dimitiría en caso de que se comprobara su participación en el asunto B, es verdad» incluso en el caso de no producirse la dimisión al no haberse producido la comprobación necesaria? ¿Cómo, desde qué instancias y con qué argumentos se decide en estos casos?

Entre una frase como: «Si Clinton hubiera nacido mujer, nunca se hubiera teñido el pelo» dicho por quién sin tener el menor conocimiento del carácter y gustos del presidente americano, profiere una frase al azar y la oración: «A dijo que B dejaría su trabajo si su jefe no le ascendía» siendo A alguien perfectamente capaz de emitir juicios acerca de las intenciones y deseos de B media ese proceloso mundo de las consideraciones «pragmáticas» que también forman parte de nuestros enjuiciamientos, incluso intuitivos, preanalíticos, en torno a la verdad.

Cuestiones de esta índole que, en una modalidad u otra, pasarán a formar parte sustancial del entramado teórico que configura las diversas teorías o concepciones semánticas de la verdad, quedan sistemáticamente obviadas en análisis como los de Williams.

Por otra parte, que la presencia de un «elemento repetido» no es condición suficiente (mejor dicho, que no hay, en sentido estricto, tal «elemento repetido») se desprende, en parte, de que no es, en efecto, la mera oración «Dios existe» o el «mero decir» que Dios existe —frente a lo sostenido por Quine no «basta con proferir la oración»⁹²— lo que nos llevaría a la conclusión de que lo dicho por A es verdadero (pues por este camino *todo* lo dicho acabaría finalmente siendo verdadero).

Como dirá Puntel en relación al esquema: «S» es verdad(era) si y sólo si «S» un esquema de este tipo no es propiamente hablando falso; pero si es indeterminado [unbestimmt]⁹³: deja sin especificar la cuestión crucial de cómo ha de entenderse una

⁹² Cfr. Quine, W.v.O.: *La búsqueda de la verdad*; p. 123.

⁹³ Puntel, B. (1990): *Grundlagen einer Theorie der Wahrheit*, Berlin, De Gruyter.

oración «als *freistehender Satz*»⁹⁴ (lo mismo puede decirse evidentemente de la expresión «A dijo que p y p»); una especificación para la que no basta con recurrir al resalte del verbo principal de la frase que aparece en el segundo miembro de la conjunción mediante procedimientos tipográficos (como ocurre en determinados textos de Williams)⁹⁵ ni con señalar que «The correspondence is *shown* by the repetition of the sentence»⁹⁶. Habría que recurrir y asumir argumentos tan complejos y controvertidos como los del *Tractatus* para justificar —si en verdad se justifica— que lo que aquí se muestra no puede ser dicho; que no cabe explicación o elucidación alguna de la frase —de sus características sintácticas y semánticas— que aparece en el segundo miembro de esa conjunción (o del bicondicional correspondiente).

Pues en un sentido lo que así se muestra depende del hecho de que el segundo elemento de la conjunción (el elemento situado a la derecha de la conjunción), se interpreta y entiende como oración afirmada o aseverada; no meramente presentada o usada a modo de ejemplo. En cuanto tal afirmación, la oración «Dios existe» (la afirmación de que Dios existe) lleva ya implícita una declaración de verdad —una pretensión de verdad, en términos de Habermas⁹⁷— cuya explicitación sería, excepto quizá por motivos pragmáticos o estilísticos, redundante y superflua. Lo que nos permitiría, introducir el predicado «es verdad(ero)» a partir de una oración como «El enunciado de A enuncia que Dios existe y Dios existe»; es decir, lo que nos permitiría inferir de la frase anterior que lo que A enuncia es verdad, es la asunción (implícita) de que la pretensión de verdad *incorporada* en el acto de afirmar que Dios existe es, se considera, legítima. Legitimidad que, obviamente, siempre puede ser puesta en cuestión. Nada, en efecto, podría impedirnos preguntar por la verdad de la oración «Dios existe» en todas sus formas y variaciones: pero, ¿Dios existe?; pero, ¿es verdad que Dios existe?; ¿es la oración «Dios existe» una oración verdadera?; ¿realmente Dios existe?; ¿es un hecho que Dios existe?... y dejar así en suspenso la validez de la adscripción de la verdad al enunciado de A.

Lo mismo ha de valer para la fórmula: «Para algún p, el enunciado de A enuncia que p y p»; también aquí, la «p» final ha de entenderse como ocupando el lugar de una oración cargada de fuerza asertiva o aseverativa que, en cuanto tal, incorpora ya una pretensión de verdad.

Esto mismo nos permite ver que el planteamiento del que parten tanto Williams como Ramsey descansa en una suerte de inconsciencia. Al presuponer que en una oración como «es verdad que César murió asesinado» el término «es verdad que» resulta eliminable *sin residuos*⁹⁸, están ignorando el hecho de que tal eliminación sólo

⁹⁴ *Ibid.*

⁹⁵ Cfr. Williams, C.J.F: *Being, Identity and Truth*; pp. 92, en las que el autor recurre al uso de la cursiva en ejemplos como: «Eric said that war had broken out and war *had* broken out».

⁹⁶ *Ibid.*; p. 107.

⁹⁷ Véase *infra*, nota 70.

⁹⁸ En *Being, Identity, and Truth*; p. 101, Williams observa que «(...) when the phrase "is true" is used in association with the word "that", or some expansion of it like "the proposition that", (...) we can lop it off a sentence leaving a sentence which has the same force»; pero qué «fuerza» es ésta y cuál es la relación de esta «fuerza» con la verdad es algo que en el análisis de Williams queda sin explicar.

tiene sentido en el supuesto de que la oración «César murió asesinado» se tome como oración aseverada o afirmada y que ello hace de la expresión «es verdad que» no tanto un elemento superfluo como un «doble» lingüístico; un reflejo lingüístico explícito de algo contenido ya en la fuerza asertiva de la oración. Están entonces ignorando el hecho de que la ausencia del predicado de verdad (la ausencia de la palabra «verdad(ero)») se debe la mayoría de las veces a su presencia implícita («pretendida» y por legitimar) en todas nuestras afirmaciones.

La propia obviada de la cuestión suscita la sospecha de que la mera constatación de esa correlación⁹⁹ —o, si se quiere, equivalencia— «pragmática» entre la afirmación de una oración y el compromiso del hablante con la verdad, con la creencia en la verdad de lo por él aseverado, crucial, tal vez, en orden a encaminar un análisis o explicación de eso que llamamos «afirmar» o «aseverar», resulta, sin embargo, de dudosa eficacia cuando de la verdad se trata.

En parte, porque —como señala Habermas— si bien: «(...) la teoría de la verdad como redundancia puede apelar a una observación correcta: “que ‘p’ es verdadera” no añade nada a la afirmación “p”. Pues al afirmar “p” presento o entablo para “p” una pretensión de verdad: en ello radica el sentido pragmático de las afirmaciones Austin (...) se atiende (...) con razón a la diferencia que se da entre la afirmación de un enunciado (verdadero) y la constatación metalingüística de que la pretensión de validez afirmada para ese enunciado es una pretensión entablada con razón»; una diferencia que «la teoría de la verdad como redundancia pasa por alto» y que «sólo se obtiene cuando la pretensión de validez de las afirmaciones, *ingenuamente entablada*, queda puesta en cuestión»; en otras palabras, porque las auténticas «Cuestiones de verdad sólo se plantean cuando quedan problematizadas las pretensiones de validez ingenuamente supuestas»¹⁰⁰ en nuestras afirmaciones. En parte, porque —como señala Tarski¹⁰¹— podemos aceptar esa correlación (que, en un momento dado, el autor polaco asimila con aceptar su concepción semántica de la verdad¹⁰²) «sin abandonar ninguna actitud gnoseológica que podamos haber tenido; seguimos siendo realistas ingenuos, realistas críticos o idealistas, empiristas o metafísicos: lo que hayamos sido antes. La concepción semántica es completamente neutral respecto de todas estas posiciones»¹⁰³; sin abandonar tampoco, añadiríamos nosotros, ninguna concepción o idea de la verdad que podamos haber sostenido; podemos seguir manteniendo que la pretensión de verdad implícita en nuestra afirmación de que Dios existe se funda en su correspondencia o adecuación con la realidad, con los hechos (o, si se quiere, a que es un hecho que Dios existe), etc.; o mantener que la

⁹⁹ Correlación en la que muchos autores (*cf.* Putnam, H.: «A Comparison of Something with Something Else», *New Literary History*, 17, 61-79; p. 62; Rescher, N. (1973): *The Coherence Theory of Truth*, Oxford, Oxford U.P., p. 5; Wright, C.: *op. cit.*, p. 34), ven «encarnado» el efecto desentremollador del predicado «es verdad(ero)».

¹⁰⁰ Habermas, J.: *op. cit.*; p. 115.

¹⁰¹ Tarski, A. (1944): «The Semantic Conception of Truth and the Foundations of Semantics», *Philosophy and Phenomenological Research*, 4, 341-375; pp. 361-362.

¹⁰² *Ibid.*

¹⁰³ *Ibid.*

verdad de la afirmación de que Dios existe es el resultado de su encaje coherente con el resto del sistema de creencias que sostenemos...; o, en fin, que su verdad radica en su ser racionalmente aceptable de acuerdo a los cánones de aceptabilidad racional que se tengan por válidos.

Lo que quedaría entonces como cometido para una teoría de la verdad ha abierto un debate filosófico entre quienes —por mostrar una versión particularmente radical— como Ayer entienden que: «(...) es fácil ver que el propósito de una “teoría de la verdad” es (...) el de describir los criterios mediante los cuales se determina la validez de las diversas clases de proposiciones (...) el objeto de una “teoría de la verdad” solamente puede ser demostrar cómo son confirmadas las proposiciones»¹⁰⁴ y quienes —como el propio Quine— consideran que «La verdad es una cosa y la creencia justificada otra distinta»¹⁰⁵.

Ahora bien, frente a Ayer podría hacerse la objeción de que la renuncia a elucidar el concepto de verdad —el contenido y sentido de la idea de la verdad— coloca a la teoría frente al reto de tener que responder a la cuestión de sobre el trasfondo de qué idea se formulan los diversos criterios, de acuerdo con los cuales ha de evaluarse o establecerse la validez de determinada proposición o creencia. Pues cuando Ayer habla aquí de «validez de las diversas clases de proposiciones», la pregunta que surge de inmediato es: ¿validez en cuanto qué (o respecto a qué)?; ¿qué idea de validez, si no es la de su validez como proposiciones o creencias verdaderas, está aquí en juego? Si la misión de una teoría de la verdad es demostrar cómo son confirmadas las (diversas clases) de proposiciones, esa teoría queda de inmediato emplazada a explicar en qué sentido de «confirmación» se está entendiendo aquí la confirmación de las proposiciones o creencias: si no es su confirmación como proposiciones o creencias *verdaderas* —para lo cual, obviamente, habríamos de saber primero qué se entiende por «verdad(ero)»—: ¿qué sentido de «confirmación» es el que se está aquí manejando?; ¿respecto a qué —o en cuanto qué— han de ser confirmadas nuestras proposiciones y creencias?...

La disyuntiva parece clara: o bien se propone una teoría de la verdad que, sin renunciar al esclarecimiento de los criterios o mecanismos que justifican nuestras proposiciones o creencias *como verdaderas*, parta siempre ya de un esclarecimiento previo de la idea de la verdad —del contenido o sentido auténtico de la pretensión de verdad elevada en nuestras afirmaciones, desechando con ello la pretendida neutralidad a la que aludíamos antes—; o bien se renuncia al establecimiento de una teoría de la verdad en aras de una teoría «pura» de la justificación: de una teoría para la cual la justificación (tal vez, aceptabilidad racional) de una proposición o creencia no presupusiera o dependiera de su verdad —en cuyo caso, bueno sería dejar de lado el término «verdad» o «verdadero»—.

Por otra parte es evidente que una idea de la verdad como la propugnada por Ayer, según la cual los términos «verdadero» y «falso» no implican nada, sino que

¹⁰⁴ Cfr. Ayer, A.J. (1967): *Language, Truth and Logic*, London, Victor Gollanz; en especial el cap. 5.

¹⁰⁵ Quine, W.v.O. (1990): *La búsqueda de la verdad*; p. 143.

operan en la oración, sencillamente, como signos de afirmación y negación« es absolutamente inoperante como trasfondo para una teoría de la verdad que se ofrezca *también* como una teoría de la justificación; bajo esta concepción de la verdad Ayer puede auspiciar una —o diversas— teoría(s) de la justificación, pero no una teoría de la verdad entre cuyos cometidos esté *también* elaborar criterios de justificación de nuestras proposiciones o creencias (como verdaderas).

A primera vista cuando menos, podría verse en este hecho la razón última para el divorcio que Quine propone entre verdad y creencia justificada; pero, según se ha dicho antes, la forma en que Quine entiende que, una vez desechada la cuestión de la justificación, en una teoría de la verdad sólo queda espacio para la verdad entendida como puro mecanismo de afirmación, pues «(...) decir de un enunciado que es verdadero es justamente reafirmarlo» deja en la penumbra esa diferencia *crucial* que existe entre mantener que decir que algo es verdadero es exactamente afirmarlo, y mantener que afirmar algo es decir —o pretender— que es verdadero (que se afirma algo porque se cree, se considera o se tiene por verdadero).

En el primer caso compete al teórico analizar en qué consiste exactamente afirmar (si no es presentar un proposición, enunciado u oración como verdadero); en el segundo es tarea del teórico de la verdad elucidar el contenido —el sentido— de esa idea de la verdad y lo verdadero que subyacería a una afirmación (incluso, quizá, a *toda* afirmación).

Según sostiene Quine y Williams admite¹⁰⁶ se ha entendido que una forma «natural» de «completar» lo que en el esquema anterior parece inconcluso —lo cual, obsérvese, supone dar el salto desde lo que constituye la constatación del compromiso del hablante con la verdad de lo por él afirmado al avance de una posible razón objetiva para la legitimidad de ese compromiso— consistiría en apelar a la noción de hecho, a los hechos. Williams va, incluso, más lejos al afirmar que «That a true proposition is one which corresponds to the facts is a truism»¹⁰⁷.

Por más inocua que parezca, se trata, sin embargo, de una opinión sumamente curiosa si tenemos en cuenta que justo a continuación de esas palabras Williams pasa a enumerar una buena parte de las dificultades que han llevado a teóricos de la verdad a sostener que, pese a todas las apariencias en contra, la verdad no podía definirse en términos de correspondencia con los hechos. Si esto es así, esa equiparación entre verdad y correspondencia con los hechos o bien es insostenible (y no un truismo) o bien esconde un núcleo no aporético y, sin embargo, relevante que todavía estaría por descubrir. En este caso también, equiparar verdad con correspondencia con los hechos se hallaría lejos de constituir una trivialidad y si una genuina dificultad conceptual.

«Se ha dicho» —escribe Quine— «que la verdad de las oraciones consiste en su correspondencia con la realidad. Pero la correspondencia palabra por palabra no nos sirve, pues nos llevaría con facilidad a abarrotar el mundo real, sólo por satisfacer las

¹⁰⁶ Cfr. Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; pp. 74 y ss.; y posteriormente en *Being, Identity and Truth*; párrafo 11; pp. 106 y ss.

¹⁰⁷ Williams, C.J.F.: *Being, Identity and Truth*; p. 107.

exigencias de la correspondencia, con una extraña multitud de objetos imaginarios. Un plan mejor sería el de postular *hechos*, cada uno de ellos correspondiente a una oración verdadera considerada como un todo. Necesitamos ciertamente objetos en abundancia, concretos y abstractos, para dar cuenta de la realidad; pero los hechos no aportan nada más que su apoyo aparente a una teoría de la correspondencia. Con todo, la teoría de la verdad como correspondencia tiene un fondo válido, puesto de manifiesto por Tarski. En vez de decir que «la nieve es blanca» es verdadera *per se* y solo si es un hecho que la nieve es blanca podemos eliminar sin más, por vacua, la expresión «es un hecho que» y, con ella, los hechos mismos: «la nieve es blanca» es verdadera si y sólo si «la nieve es blanca».

Predicar la verdad de la oración es lo mismo que predicar la blancura de la nieve; en eso consiste la correspondencia en este ejemplo. La atribución de verdad simplemente elimina las comillas. La verdad es desentrecomillado¹⁰⁸.

(A la vista de que «blancura» es un término abstracto y, como tal, sujeto a múltiples objeciones, revisiones, correcciones etc...; a la vista de que, según sostiene Williams, «existe», por ejemplo, no es un predicado «normal» que atribuya una propiedad igualmente «normal», motivo por el cual, resulta conflictivo establecer qué se predica o se dice de Dios cuando de él se dice que (no) existe (tan conflictivo y difícil cómo establecer de quién o qué se predicaría esa peculiar propiedad), etc.; no es exagerado concluir que el «puro» desentrecomillado resulta ser un proceso más ilusorio que real. Si predicar la verdad de la oración «la nieve es blanca» es lo mismo que predicar la blancura de la nieve, es decir, proporcionar una —tal vez, incluso «la»— condición de verdad de esa frase ¿por qué no hacer aquí explícito que de eso se trata: de proponer en el miembro derecho del bicondicional la condición o conjunto de condiciones que se consideren condición o condiciones de verdad de la oración o frase de que en cada caso se trate? Todo lo que haya que hablar o discutir a propósito de esta cuestión: de la forma o formas posibles de proporcionar las condiciones de verdad de una oración (enunciado o proposición) dada, así como a propósito del concepto mismo de condiciones de verdad, suponen un desplazamiento crucial del peso en la discusión del problema de la verdad: desde la más que oscura y confusa noción de desentrecomillado (como aparece en el texto de Quine que se acaba de citar) a la en cualquier caso por analizar, idea o noción de condiciones de verdad.)

Por otra parte, según hemos sugerido líneas atrás al hilo de una observación de Williams, la conclusión de que las expresiones que contienen referencia a los hechos o se basan en la idea de la correspondencia con los hechos apenas son otra cosa que inocentes paráfrasis de la expresiones verdad, tal vez resulte excesivamente apresurada.

En la filosofía reciente, Davidson¹⁰⁹ ocupa, sin duda, un lugar preeminente entre los detractores de los hechos. De la mano de observaciones como la de que así como el enunciado de que Nápoles está mucho más norte que Red Bluff se corresponde

¹⁰⁸ Quine, W. v. O.: *La búsqueda de la verdad*; p. 123.

¹⁰⁹ Véase en especial Davidson, D. (1969): «True to the Facts», *Journal of Philosophy*, 66; pp. 748-764 (reimp. en Davidson, D. (1984): *Inquiries into Truth and Interpretation*, Oxford, Clarendon Press, 37-54; pp. 41-43).

con el hecho de que Nápoles está mucho más al norte que Red Bluff, también parece corresponderse con el hecho de que Red Bluff está mucho más al sur que Nápoles; o la de que, dado que Nápoles es la ciudad más grande en un radio de cincuenta kilómetros en torno a Ischia, entonces también el enunciado de que la ciudad más grande en un radio de cincuenta kilómetros en torno a Ischia está mucho más al norte que Red Bluff se corresponde con el hecho de que Nápoles está mucho más al norte que Red Bluff, Davidson se pregunta si una teoría de la verdad como correspondencia con los hechos no se ve inevitablemente abocada a sostener que si un enunciado se corresponde con un hecho, se corresponde también con todos los hechos¹¹⁰.

No obstante, es significativo observar cómo frente a la posición de Davidson que ha visto en esta situación de que finalmente si un enunciado se corresponde con un hecho se corresponde con todos los hechos, el colapso de la idea misma de la correspondencia, su conversión en una trivialidad, el habla cotidiana no parece hacerse eco de ese temor davidsoniano.

La laxitud del modo de hablar cotidiano, según el cual un enunciado es verdadero si se corresponde con los hechos o corresponde a los hechos; no a un sólo y único hecho, que parece un buen reflejo de algo que anida en «la sabiduría popular» en torno a la verdad. Tanto la fe en la eficacia de lo verdadero (lo que contendría en germen la idea pragmatista de la verdad) —no en la inerte remisión de una oración a sí misma— al hecho que se pretende que literalmente describe¹¹¹, sino en la capacidad de lo verdadero para salir de sí y apuntar a algo otro contenido, implicado o simplemente sugerido por su verdad—; como la idea (buena, mala, ingenua,...) de la realidad como un todo coherente, como un todo continuo, sobre cuyo trasfondo los hechos vendrían a ser parcelaciones, no siempre bien definidas, pero que habrían, sin embargo, de encajar siempre bien entre sí (lo que parece apuntar a una idea coherentista de la verdad) —incluso en su versión más intuitiva, la verdad nos muestra su compleja faz poliédrica, de la cual parecen emanar como perspectivas puntuales y parciales las distintas teorías clásicas de la verdad—. Acorde con esto, la correspondencia de las

¹¹⁰ No es nuestra intención entrar aquí a fondo en la argumentación de Davidson, encaminada a sostener una idea más radical: la imposibilidad de distinguir entre un hecho y otro; lo que a su vez parece conducir a la conclusión de que no hay más que un único hecho. La apoyatura formal para la tesis de Davidson contenida en el llamado «slingshot-Argument», ha sido objeto de numerosas críticas (a propósito de esto, véase Barwise, J. and Perry, J. (1981): «Semantic Innocence and Uncompromising Situations», en French, P.A.; Uehling, Th.E. and Wettstein, H. (eds.), (1981): *Foundations of Analytic Philosophy*. Midwest Studies in Philosophy, Vol. VI, Minneapolis, Minneapolis U.P., pp. 396 y ss; Yourgrau, P. (1987): «Frege on Truth and reference», *Notre Dame Journal of Formal Logic*, 28, 132-138. Para una reconstrucción exhaustiva tanto de las diversas variantes del «slingshot-Argument» como de las críticas que se le han hecho, véase Puntel, B.: *op.cit.*, pp. 167 y ss.

¹¹¹ Williams, C.J.F.: *What is Truth?*; p. 75: «Even when it is true that Toby sighed there is some difficulty in finding an object other than itself for the statement to be related to. What is the fact which the proposition that Toby sighed, if true, fits? the fact, surely, that Toby sighed. The trouble here is that it fits too well. The fitting relation is interesting only if it is irreflexive»; pero, cabría argüir, también hay un sentido según el cual se puede decir que la proposición de que el agua hierve se corresponde con el hecho de que su temperatura es de 100° o que la proposición de que A tiene diabetes se corresponde con el hecho de que su nivel de azúcar en la sangre es...

oraciones con los hechos tendría este mismo carácter laxo, que pasaría de una relación de concordancia o correspondencia «estricta» de cada oración con el hecho que presuntamente describe y que iría relajándose a favor de una relación de adecuación o correspondencia entre la oración y el resto de los hechos (más o menos estrechamente relacionados con aquel hecho privilegiado que la oración recoge o describe), hasta configurar una relación de «mera armonía» entre cada oración verdadera y el todo unitario de la realidad.

Y, sin embargo, en su misma laxitud, la idea de esa correspondencia con el todo unitario de la realidad resulta singularmente oscura como respuesta a la cuestión de que decimos —o pretendemos— cuando, en cada caso concreto, al afirmar elevamos una pretensión de verdad para lo así afirmado.

Por otra parte, si se intenta constreñir esta idea y admitir que toda verdad es verdad en virtud de la existencia de un hecho correspondiente¹¹², la misma intuición que nos permite decir que «la nieve es blanca» es una oración verdadera porque es un hecho que la nieve es blanca, nos faculta igualmente para decir que la oración «la nieve es blanca o la nieve no es blanca», es una oración verdadera porque es, en efecto, un hecho que la nieve es blanca o la nieve no es blanca. Ahora bien, si es el hecho (la existencia del) de que la nieve es blanca lo que hace verdadera a la oración «la nieve es blanca», y es también el hecho (la existencia del hecho) de que la nieve es blanca o la nieve no es blanca la que hace verdadera —simultáneamente verdadera— a la oración «la nieve es blanca o la nieve no es blanca», la realidad o el mundo que hace verdaderas —simultáneamente verdaderas— a esas oraciones, ha de ser una realidad o mundo en el que coexisten por igual el hecho de que la nieve es blanca y el hecho de que la nieve es blanca o la nieve no es blanca. Un resultado que parece repugnar a una concepción intuitiva o pre-teórica de la realidad; aunque no parece repugnar a esa idea intuitiva o pre-teórica de la verdad, que tan generosamente nos brinda hechos y verdades, y en la que parece anidar la convicción de que mucho más problemática que la noción de la verdad lo es la idea misma de realidad.

Lo que aquí se pone de manifiesto no es sólo la posible inoperancia —por excesivamente productiva— de la apelación a los hechos, sino también la necesidad de «intervenir» —desde instancias que no sean la mera observancia de lo que acontece en nuestro lenguaje— en la idea (en nuestra idea) o concepción de la realidad. Una intervención que debería permitir dar cuenta de la verdad de la oración «la nieve es blanca o la nieve es blanca» sin apelar al hecho correspondiente (o, tal vez, apelando al hecho correspondiente, sin que ello supusiera concebir ese hecho como algo existente o real: moldeando así formas o tipos diferentes de «ser verdadero»; o formas o tipos diferentes de «ser un hecho»).

Sin duda, está en el ánimo de la teoría que ahora nos ocupa depurar el problema de la verdad —el problema que se considera filosóficamente relevante— de tales visiones —y versiones— tenidas por «ilusionistas» del asunto; pero el profundo escepticismo respecto al valor epistemológico de la idea de la verdad que alienta, pero

¹¹² Cfr. Horwich, P.: *op. cit.*; p. 112.

que se enmascara, en teorías de este tipo no parece que pueda ser sostenido ni justificado mediante descripciones y análisis parciales o sesgados del lenguaje, sino mediante la (de)mostración —tantas veces emprendida y tantas veces contestada— de que la aspiración a la verdad, entendida como aspiración al conocimiento de la realidad «tal cual ella es», resulta imposible o inútil.

Prof. Dra. María Albisu
Dep. de Lógica y Filosofía de la Ciencia
Fac. de Filosofía. Univ. del País Vasco
Avenida de Tolosa. 10009 San Sebastián